

Selección TERROR

Ada Coretti

A GRITOS ME PEDIRAS MORIR

SELECCION

TERROR

ADA CORETTI

A GRITOS ME PEDIRAS MORIR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 527

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN:

522 —El templo de Satán, *Burton Hare*

523 —La muerte anda sola, *Ada Coretti*

524 —La calavera invocada, *Ralph Barby*

525 —El coleccionista de cabezas, *Joseph Berna*

526 —Amada bruja mía, *Lou Carrigan*

ISBN: 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 38.315-1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1983

1ª edición en america: octubre, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

PRÓLOGO

La joven y bellísima Davina, enloquecida por el miedo, dominada por el terror, cayó de rodillas e imploró:

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

Ante ella, con una daga alzada al aire, Roger de Andrewstton, su esposo, exclamó con fiereza.

—¡Voy a matarte! ¡Tengo que hacerlo! ¡Has mancillado mi honor!

La había encontrado en el lecho conyugal con otro hombre. Un hombre que había huido sin que él pudiera darle alcance. Pero ella, tan culpable como su amante, estaba allí. Así que Roger de Andrewstton repitió:

—¡Voy a matarte!

—No, no... —jadeó Davina, los pelos de punta, la sangre helada en sus venas—. Ten piedad de mí...

Roger de Andrewstton, irascible, frenético, lleno de ira, se dispuso a descargar el golpe mortal.

Pero antes de que lo hiciera, Davina sufrió un mareo, un vértigo, tambaleándose. Y la mano que sujetaba la daga quedó detenida en el aire.

Esa breve vacilación fue suficiente para que Davina, viendo que aún estaba a tiempo de implorar misericordia, lo hiciera con estas palabras.

—¡Condéname al castigo que quieras, pero perdóname la vida! —la voz le salió terriblemente desgarrada.

—Para vivir de según qué manera, es mejor morir —contestó Roger de Andrewstton. Había de añadir—: Y sólo te permitiría vivir si purgases tu culpa en su justa medida... —¡Sí! ¡Sí! —afirmó Davina, aferrándose a la esperanza que acababa de vislumbrar—: Pagaré mi culpa como tú te dignes mandar ¡Todo con tal de conservar la vida!

La daga descendió.

—¿De veras imploras mi misericordia? —preguntó el hombre—. ¿Aún sabiendo que no voy a ser generoso... ?

—¡Sí! Imploro tu misericordia al precio que sea.

—Siendo así... —dijo Roger de Andrewstton, y su irascibilidad, su ira, se habían aparentemente aplacado—. Si aceptas mis condiciones...

—¡Sí, las acepto! ¡Gracias! ¡Gracias!

—¿Me das las gracias antes de saber lo que voy a exigirte?

—¡Sí! ¡Sí! —pero había un brillo tan helado, tan gélido, en las pupilas del hombre, que el cuerpo de la joven se convulsionó.

Quedó colgando entre ambos un silencio tenebroso, macabro. Como pudiera quedar colgado de una soga un vil condenado.

—Pues si quieres saber mis condiciones, estoy dispuesto a hacértelas saber... —apuntó Roger de Andrewstton, y en su voz había quedado

una calma horrible, espantosa. —Te escucho, te escucho... —y Davina seguía de rodillas a los pies de su marido. —Te exijo cuatro requisitos... —empezó a decir.
—¿Cuáles son?
—Te gusta ser considerada una de las mujeres mejor vestidas de nuestra privilegiada sociedad, ¿no es eso? Pues vestirás de negro el resto de tus días.
—Sí, sí... —aceptó Davina.
—Segundo requisito. No saldrás nunca, bajo ningún concepto, de los muros de esta mansión. Permanecerás aquí encerrada mientras te quede un solo latido en el corazón. —Sí, sí... —aceptó Davina.
—Tercer requisito. Sólo calmarás tu hambre comiendo pan duro. Los más exquisitos manjares te serán negados para siempre.
—Sí, sí... —aceptó Davina.
—Y queda la cuarta condición —le recordó Roger de Audrewstton antes de exponérsela. —Dímela... —y a Davina le tembló tanto la voz que apenas se la oyó.
—Te traeré un hacha —la voz del hombre se había hecho aún más tenebrosamente serena—. Tú misma tendrás que amputarte la mano derecha.
—¿Quéeeee...? —el horror agrandó los ojos de Davina hasta casi desencajarlos de sus cuencas—. ¿Quéeeee...?
—Lo que has oído. Si no lo haces así —puntualizó—. Te mataré. ¡Conque ya sabes lo que tienes que hacer si quieres conservar la vida!
—No, eso no —gimió Davina—. ¡No puedes exigirme tanto! Pídeme a cambio cualquier cosa.
—No —la respuesta fue breve y tajante.
Davina quiso implorar compasión, pero notó que la cabeza se le iba, que todo se nublaba a su alrededor, y cayó desvanecida.
Cuando volvió en sí, en el dormitorio ya no estaba su marido. Ya no había nadie.
Pero a su lado, en el suelo, encontró un hacha.

* * *

Los más refinados invitados llenaban los salones de la lujosa mansión de los Andrewstton.
Más de uno había preguntado:
—¿Y Davina?
El marido había respondido:
—No creo que tarde en bajar.
Así que, las miradas de los invitados se dirigían a menudo hacia la ancha y majestuosa escalera. De un momento a otro aparecería la

elegante, exquisita y hermosa señora de la casa.
Roger de Andrewstton no estaba tan seguro de ello. Tal vez a Davina le faltaría el valor preciso para hacer lo que él le había exigido. Aunque puede que sí lo hiciera. Ella le conocía de sobras y sabía que, si no procedía en consecuencia, la mataría, y lo haría sin sentir la menor piedad, de forma inexorable.
—Te doy de tiempo mientras se celebre la fiesta —le había dicho él poco rato antes. Y la fiesta estaba ya en su apogeo.
De pronto, entre las alegres conversaciones y las risas de los invitados, se oyó un grito de mujer, ronco, tremolante, espantoso. Un grito atroz que alucinó a todos.
Reconocieron la voz de Davina.
Roger de Andrewstton se quedó inmóvil, pétreo, sin pestañear siquiera. Sabía lo que aquel grito había significado, pero ni aun así se había alterado lo más mínimo su velocidad sanguínea.
Instantes después, entre el asombro y el horror de todos. Davina bajaba la ancha y regia escalera de la mansión.
Pero no era aquélla la Davina de otras veces. Apareció vestida de negro, y rígida, mortalmente pálida, empapada de sudor. Una expresión de dolor insoportable, infrahumano, crispaba su rostro. Sus ojos se habían dilatado y se dejaban ver espeluznantemente opacos y vidriosos. Con la mano izquierda se sujetaba el brazo derecho. ¡Que pendía amputado por la muñeca...!
¡Y la sangre fluía de aquel muñón ensuciando aparatosamente la escalera!
Entre el espanto de los invitados. Roger de Andrewstton había de murmurar por lo bajo para sí:
—La vida acabará siendo un tormento para ti. A gritos me pedirás morir.
Pero Davina jamás le pidió eso a su marido. Sin embargo, en más de una ocasión había de decir:
—Esto no acabará así... Esto no acabara así...
Su sirvienta de más confianza, cuando Davina hubo muerto y estuvo ya enterrada en el cercano cementerio de Waldenmassey, explicó:
—Si mi señora llevaba tapada la amputación de su brazo, no, no era porque le faltara la mano. No era por eso... ¡Era porque la mano le había crecido! Bueno, en lugar de mano le había crecido una garra... Como si fuera un león, o un tigre, o un leopardo...
Pero nadie, claro está, se creyó lo que dijo la sirvienta.
¿Cómo iba alguien a creerse semejante cosa?
Por descontado que no.
Sin embargo, pocos meses después murió a zarpazos —y en la localidad de Waldenmassey no había fieras— el que años atrás fuera el amante de Davina, el que, al verse descubierto, había huido

pensando solo en sí mismo.
Y también murió, de igual forma, a zarpazos, Roger de Andrewstton.

* * *

Hasta aquí, al menos, lo que se aseguraba que sucedió. Una historia que, con el transcurso de los años, había acabado convirtiéndose en leyenda.

CAPITULO PRIMERO

Había salido de la moderna sala de fiestas. Oswald de Andrewstton no estaba de buen humor.

Su amigo Leonard le estuvo observando con atención bastante rato y acabó proponiéndole que dejaran aquello.

Oswald había aceptado la sugerencia y ahora estaban ya en la calle.

—Pero, bueno, ¿se puede saber lo que te pasa? —preguntó Leonard a su amigo.

—Nada —contestó.

—No estarías con esa cara si no te pasara nada.

—Sí, claro —asintió. Y agregó, tras ponerse al volante de su lujoso coche—: Te lo contaré si vienes a tomar una copa a mi apartamento.

—Vale.

Oswald de Andrewstton tendría unos treinta años, la misma edad de su amigo, y era muy bajo de estatura y mucho más grueso de lo que hubiera deseado. Tenía el rostro abotargado.

A su lado, Leonard contrastaba enormemente con él. Leonard era alto, elegante, atractivo. En su rostro bronceado destacaban los ojos de un azul intenso. Unos ojos que las mujeres consideraban absolutamente fascinadores.

Llegaron al apartamento.

En aquel ultramoderno apartamento que Oswald de Andrewstton tenía en una de las mejores avenidas de Londres, todo resultaba magnífico. El mobiliario, la decoración, las amplísimas terrazas. Sin embargo, Oswald apenas solía estar allí, no le resultaba un lugar cómodo. La verdad es que él prefería su vieja mansión cerca de la localidad de Waldenmassey. Aunque a veces se preguntaba por qué y no sabía responderse.

Ya con sendos vasos de whisky en la mano, los dos amigos empezaron a hablar.

—Te vas a burlar de mí —había dicho Oswald.

—¿Por qué?

—Sí, se que te vas a reír de mí.

—¿Acaso no soy tu amigo?

—Sí, lo eres. Mi mejor amigo.

—¿Entonces...?

—Se trata de que..., de que... —pero se quedó sin concluir la frase y a cambio de eso se acabó el whisky de un trago.

—¿De qué se trata? —preguntó el guapo Leonard.

—Quisiera casarme —repuso Oswald.

—Pues cásate —la respuesta era obvia.

—Desconfío de las mujeres —reconoció—. Sé que no valgo físicamente y se me hace cuesta arriba resignarme a que sólo me

quieran por mi dinero.
—Por tu mucho dinero —puntualizó Leonard, sonriendo—. Tu fortuna es verdaderamente cuantiosa.
—Sí, lo es. Pero yo quisiera que una mujer me amase por mí mismo. ¿Acaso es pedir demasiado?
—Sabes que no —dijo Leonard — . Eres bueno, noble caballeroso. Cualquier mujer, pues, puede enamorarse de ti.
—Pero ¿cómo saber que esa mujer no finge? —se lamentó Oswald, y recurrió de nuevo al whisky, esta vez al whisky de la botella.
—Saberlo de fijo te va a costar un poco —repuso Leonard—, Inconvenientes de ser tan rico. Un inconveniente que yo no tengo —se rió—. Mi cuenta corriente apenas me da para ir trampeando.
—Aunque fueras rico, tú no tendrías mi problema —observó Oswald — . Todas las mujeres están locas por ti.
—No será tanto.
—Sabes que sí. En fin —respiró hondamente, casi suspiró—, no sé qué hacer.
—¿Te gusta alguna en particular?
—Sí —asintió.
—¿La conozco yo?
—Sí —volvió a asentir.
—¿Puedo saber quién es ella?
—Dirías mejor ellas... En plural... Son tres las chicas que me quitan el sueño...
—Vaya, vaya... —bromeó.
—No te burles. Pero sí, son tres... Con cualquiera de ellas yo me consideraría un hombre afortunado.
—¿A qué muchachas te estás refiriendo? —quiso saber.
—A Vera... A Judith... A Margaretta... —contestó.
—¿Sabes una cosa? Tienes un gusto exquisito. Las tres son unas preciosidades.
—Vera es encantadora. Rubia, bonita, con cara de buena chica. Pero tengo la sensación de que me rehúye cada vez que me acerco a ella. En cuanto a Judith... —y pronunciado el nuevo nombre se quedó cortado.
—En cuanto a Judith, ¿qué? —preguntó Leonard.
—Me encanta su clase de belleza. Pero un día me dijo que era ambiciosa y que sólo se casaría por dinero. Hazte cargo, Leonard, sus palabras me desalentaron de mala manera. —Me hago cargo. Aun así, más de un hombre la aceptaría a pesar de todo.
—Sí, es cierto —reconoció.
—Queda Margaretta —me dijo Leonard — . ¿Qué inconveniente le ves a ella?
—Es la más llamativa y tentadora de las tres. Pero está de por medio

su madre y... —¿Qué le pasa a su madre? —inquirió Leonard.
—Según me dijo no hace mucho, una pareja, antes de casarse, debe hacer testamento recíproco. Me advirtió que el futuro marido de su hija tendría que hacer testamento a su debido tiempo, de lo contrario no habría boda. Supongo que me lo hizo saber para que de antemano supiera a qué atenerme.
—Y no te gustó, claro —repuso Leonard.
—Y en el fondo —admitió Oswald—, comprendo a la buena mujer. Quiere estar segura de que su hija es amada de verdad, y para ella, la única forma que un hombre tiene de demostrar el amor a una mujer es asegurarle su porvenir económico. A ella le abandonó su marido cuando apenas llevaban un par de años de matrimonio, y la abandonó sin dejarle ni cinco, y ha necesitado muchos esfuerzos y muchos sacrificios para seguir adelante.
—Un testamento mutuo es siempre lógico y justo —dijo Leonard—. Ahora bien, si una de las partes no tiene prácticamente nada, como es el caso de Margaretta, y la otra parte tiene una fortuna cuantiosa, como es tu caso, pues encuentro que la cosa queda, francamente, un tanto desigual.
—Lo mismo opino yo. Y así estoy, tampoco me decido por Margaretta. Aunque ella me ha asegurado varias veces que le gustaría poder mostrarse conmigo más desinteresada, con lo que parece querer decirme que me aprecia y me quiere un poco por mí mismo, ¿no te parece?
—En conclusión —dijo Leonard—, no sabes por cuál de las tres decidirte.
—No, no lo sé. Sólo sé que no me casaré con ninguna si sigo teniendo dudas. La verdad es —agregó—, que confiaba en que tú me aconsejaras.
—¿Yo? —Leonard se quedó un tanto sorprendido.
—Sí, tú.
—Pues no sé, francamente no sé qué aconsejarte. Si lo hiciera y luego te saliera mal, ¿qué?
—Tú no tendrías ninguna culpa.
—Pero me sentiría culpable. Más aún —Leonard se echó a reír—, si tu mujer te traicionaba con otro hombre y tú te lo tomabas del modo que lo hizo tu antepasado Roger de Andrewstton.
—No bromees, por favor —Oswald recurrió a un nuevo whisky—. Mi situación no es divertida.
—De acuerdo. Pero ya van tres whiskies —le contabilizó—, y emborrachándote no vas a arreglar nada.
—Tienes razón.
Se dejó caer en un sillón y se quedó esperando a que su amigo formulara alguna sugerencia. Por lo menos confiaba en que así lo

hiciera.
Leonard, alto, elegante, y atractivo, perseguido, casi acosado por las mujeres, le dijo finalmente.
—La solución es sencilla. Haz ver que te has arruinado.
—¿Cómo has dicho...? —preguntó Oswald parpadeando.
—Que hagas ver que te has arruinado —y Leonard concretó—: Los periódicos publican la noticia, todos se enteran de que estás sin blanca, y bueno, la que después de eso te ponga buena cara será la que de verdad te quiera. ¿Qué te parece?
—Pues no me parece nada mal —reconoció Oswald.
—Y si quieres hacerlo todo aún más dramático, pues que los periódicos digan que, al verte en la ruina, te has querido suicidar pegándote un tiro en la cabeza, de resultas de cuyo intento has quedado ciego.
—¿Qué...? —el parpadeo de Oswald se hizo más rápido.
—Hazte cargo, si pobre y ciego consigues que una de esas tres muchachas se acerque a ti, la sinceridad de sus sentimientos ya no podrás ponerla en duda. ¿Y no es esto lo que buscas?
—Sí, sí... —asintió—. Pero ¿no será cargar la nota?
—Si no cargas la nota, nunca podrás saber exactamente a qué atenerte. Por lo demás — opinó Leonard—, te aconsejaría que, en tal caso, no te dejaras llevar por la primera reacción de ninguna de ellas tres. A veces las mujeres confunden la compasión con el amor. Habrías de esperar a que, la que fuera de ella, se reafirmara en el deseo de casarse contigo.
—¿Y si hago lo que tú dices y las tres desaparecen de mi vida? —se angustió sólo de pensarlo.
—Siempre estarás a tiempo de rectificar, de decir que todo ha sido una simple broma. —Sí, claro...
—Además, que después de verlas alejarse de ti, si es que se da esa circunstancia, no creo que te queden ganas de seguir pensando en ellas.
—Supongo que no.
—Pues eso es todo lo que se me ocurre. Bien mirado no creo que esté mal pensado. —No, no...
A Oswald de Andrewstton le había gustado la idea. Le había gustado enormemente. ¿Acaso no buscaba eso, saber de verdad lo que esas muchachas sentían respecto a él? Pero, claro, iban a presentarse algunos inconvenientes. Debía reflexionar sobre los mismos, viendo el modo adecuado de superarlos. Por su parte no debía haber el menor error, el más mínimo fallo.
Unico modo, evidentemente, para que Vera, Judith y Margaretta se tragaran bien el anzuelo.

* * *

Aún estaban hablando respecto al plan a seguir, cuando sonó el timbre de la puerta. Oswald fue a abrir, encontrándose en el quicio de la puerta a una muchacha alta y delgada, más fea que guapa, pero simpática, muy simpática.

—¡Querido Oswald!

—¡Qué sorpresa! —exclamó él—, ¡Qué agradable sorpresa! ¡Querida primita...!

La hizo pasar, indudablemente de muy buen grado. No en vano habían jugado juntos de niños, queriéndose y apreciándose desde entonces como dos verdaderos hermanos. —Te presento a mi amigo Leonard.

Julie, que así se llamaba la prima de Oswald, sonrió al guapo joven que estaba ante ella. Y pensó, sin poder evitarlo, que daría cualquier cosa por tener un novio como él. Se esforzó por estar simpática, y por descontado lo consiguió. Solía cautivar, casi arrollar, con su natural simpatía. Desde luego la simpatía era su fuerte.

Leonard por su parte, estuvo muy amable con ella. Más, incluso, de lo que solía estarlo con las demás muchachas.

Sin embargo, Leonard dejó de sonreír cuando vio que Oswald, demostrando indudablemente una gran confianza hacia su prima, le hizo saber.

—¿Sabes?, voy a hacer ver que me he arruinado.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

Oswald se lo explicó todo y Julie terminó moviendo negativamente la cabeza y asegurando que aquello le parecía absurdo.

—Ha sido idea mía —reconoció Leonard.

—¡Pues vaya idea!

—De ese modo averiguaré si hay alguna muchacha que esté sinceramente interesada por mí.

—Es absurdo —repitió Julie—, Y más aún, si vas a llevar tu farsa hasta hacer creer que te has quedado ciego.

—Se trata de de... —pero Oswald vio que no iba a convencer a su prima y terminó diciendo—. Hablaremos de todo en otro momento. Supongo que vienes a quedarte conmigo unos días.

—Sí —contestó Julie—. Siempre y cuando vayamos a tu mansión de Waldenmassey. Ya sabes lo mucho que me gusta aquello.

—A mí también me encanta estar allí.

—No sé qué tendrá tu mansión, pero atrae, subyuga —apuntó Julie.

—Sólo a ti y a mí, a los demás no les gusta —contestó Oswald — . Desde luego pienso ir
allí a pasar un par de semanas. Nos iremos juntos.

—De acuerdo.

Oswald chasqueó los dedos, recordando de pronto que estaba citado con un amigo, y así se lo dijo a su prima. El amigo le había dicho que necesitaba pedirle un favor, rogándole encarecidamente que no faltara a la cita.
—Me veo obligado a dejarte sola —repuso Oswald—. Pero volveré en seguida, así que pueda.
—No te preocupes —sonrió Julie—. Entretanto pondré la televisión. A estas horas hacen un programa muy bueno.
Poco después, Leonard se despedía de la muchacha y se iba con Oswald.
—No has debido decirle a Julie lo que vas a hacer... —le reprochó Leonard a su amigo cuando estuvieron ya en la calle.
—¿Por qué no? —preguntó Oswald—. Con ella nunca he tenido secretos.
—Ahora puede empeñarse en que no lleves a cabo tus propósitos. Cuando las mujeres se empeñan en algo...
—En esto no vas a desacertado. Cuando Julie se obstina en algo, no para hasta convencer a quien sea. Pero no —se anticipó Oswald—, a mí no ha de convencerme. Estoy decidido a llevar a cabo el plan acordado.
—Si estás decidido, harás bien en no consentir que una mujer cambie tu manera de ver las cosas.
Mientras tanto, Julie, ajena a lo que el amigo de Oswald pudiera o no decir, pudiera o no pensar, se limitaba a encender la televisión y a poner la cadena que iba a darle el programa que a ella le gustaba.
Llevó sus maletas al dormitorio de los huéspedes, pero no las abrió. Ya lo haría luego. Seguidamente se sirvió un combinado y ya con el vaso en la mano ocupó un sillón ante la televisión. Pero había de levantarse a los pocos segundos. Las luces habían quedado encendidas y la televisión sólo se ve bien en la penumbra.
Ya con las luces apagadas, sólo una encendida en el lugar idóneo Julie volvió a recostarse en el sillón.
Su programa empezaba ya.
Se trataba de una serie de terror, que cada día, antes del nuevo episodio, ofrecía el mismo encuadre. La protagonista, en un primer plano, lanzaba un alucinante grito de horror y de este modo, sin duda, preparaba al espectador para lo que se avecinaba.
En esta ocasión, mientras la protagonista del film lanzaba su acostumbrado grito, Julie se llenó de espanto.
Acababa de aparecer tras ella, atenazando su hombro, una garra... Una garra enorme, armada de uñas corvas, fuertes y espeluznantemente agudas.
Julie dio un brinco, consiguiendo liberarse de la fiera. Pero ¿de qué fiera...? No estaba en una selva, sino en un lujoso apartamento de la

ciudad de Londres.
Ya de pie, vuelta hacia el ser desconocido, y viendo ya de quién se trataba, a Julie se le escapó un grito ahogado.
Seguidamente había de murmurar:
—Davina... Davina...
Antes de darle tiempo a nada más, la garra había caído salvajemente sobre su garganta, destrozando despiadadamente la yugular, desgarrándole aparatosamente las dos carótidas y arrancándole la piel a tiras.
Herida de manera tal fulminante, Julie cayó desplomada al suelo, mientras se llevaba las manos al cuello en un gesto de insufrible dolor.
Viéndola en el suelo, la garra aprovechó la ocasión para clavarse, para hundirse, para incrustarse de nuevo en su garganta. De forma implacable. Inexorable. De un modo atroz, aterrador.
Se trataba, evidentemente, de acabar pronto con la víctima.
Lo consiguió.
Instantes después, Julie estaba ya sin vida en medio de un charco de sangre.
Por su expresión, no cabía dudarlo, había muerto helada de espanto.

CAPITULO II

La vieja mansión de Andrewstton ya no era lo que fue años atrás. Sobre ella había caído implacablemente el paso del tiempo.
Oswald podía haberla restaurado. Pero no lo había hecho. Tal vez porque le gustaba aquello tal como estaba. Así todo, hasta el más mínimo detalle, parecía apegarse entrañablemente al pasado. Como si no quisiera dejarlo atrás.
Las estancias eran amplísimas, sobre todo en la planta baja. Corredor, salón principal, sala de música, biblioteca y galería de cuadros, eran piezas que a primera vista daban la sensación de inacabables.
En esos momentos, Oswald estaba en la salita azul, la estancia más pequeña pero también la más acogedora de toda la mansión.
Oswald había recibido a su amigo Leonard, que acababa de llegar.
Le había recibido alargando los brazos y tanteando con las manos el vacío, por miedo, indudablemente, a tropezar.
—Lo haces muy bien... —le dijo Leonard, cuando el mayordomo se hubo retirado, dejándoles solos.
—Cierra la puerta —le pidió Oswald.
Leonard lo hizo así.
—Sí, sé que finjo la ceguera a la perfección —repuso Oswald al oír que la puerta había quedado cerrada. Y le explicó—: Llevo lentillas opacas. De este modo no veo nada, nada en absoluto, y me desenvuelvo con la torpeza debida... Además, así mis ojos carecen de expresión, de vida... Y de eso se trata, de que nadie sospeche que estoy haciendo una comedia...
Días atrás los periódicos habían hecho saber en sus respectivos rotativos, que Oswald de Andrewstton estaba arruinado. También hicieron mención de su intento de suicidio disparándose un tiro en la sien. Afortunadamente, añadía la noticia, no había perdido la vida, aunque había quedado con la visión gravemente afectada.
—Llevo vendada la frente —repuso Oswald — . Así todo queda bien, ¿no?
—Perfecto —contestó Leonard—, Y ahora a esperar que alguna de las tres aparezca...
—Una espera, que si no estuviera preocupado, sería mucho más agradable para mí. ¿Qué debió pasarle a Julie? ¿Por qué, al regresar al apartamento, ya no la encontré allí?
—Sí, es extraño —convino Leonard — . Y más extraño aún que en su casa no sepan nada de ella.
—Reconozco que es una muchacha desenvuelta, muy libre, a la que no le gusta que le fiscalicen los actos. No es la primera vez que actúa de un modo parecido. De todos modos, no puedo menos de estar un poco inquieto. De seguir así las cosas comunicaré su desaparición a

la policía.
—Harás bien.
—Por cierto —terció—, supongo que vienes a pasar unos días en mi compañía.
—Sí. Tengo curiosidad de saber cómo te va el experimento. A propósito, el mayordomo y la vieja criada ¿saben que todo esto es fingido?
—¡Oh, no, no! ¡Esto es un secreto entre tú y yo! Así no tengo peligro de que nadie se vaya de la lengua.
En aquel preciso momento se oyó el aldabón de la puerta. Un sonido que resonó roncamente.
El mayordomo acudió a la llamada, tras cruzar con lentitud el vasto vestíbulo.
Al abrir, allí se hallaba Vera. Una de las tres muchachas a la que Oswald de Andrewstton estaba esperando. La que era rubia, bonita, con cara de buena chica.
Antes de que el mayordomo le indicara que pasara, un rayo centelleó en el cielo oscuro, lleno de negros nubarrones.
La noche se estaba echando encima. De un modo precipitado, brusco, casi siniestro.
Desde luego, de un momento a otro iba a estallar una violenta tormenta. Se veía venir.
Y en efecto, no tardó en sonar el trueno ensordecedor, que provocó el temblor convulsivo de los cristales de todos los ventanales. Acto seguido empezó una lluvia torrencial, acompañada de un viento violentísimo.
—Soy Vera... —la agradable voz de la muchacha se dirigía a Oswald pocos instantes después.
—¿Tú... ? —Oswald esbozó una triste y amarga sonrisa, muy acorde con las circunstancias.
—Acabo de enterarme de tu ruina y de tu intento de suicidio —dijo la muchacha—. Créeme, me hubiera gustado estar a tu lado para evitar que perdieras los nervios.
—Me he quedado ciego —repuso Oswald, y se llevó la mano hacia el vendaje de su frente.
—Pero estarás en tratamiento para recuperar la visión, ¿verdad? —inquirió Vera — . Sí, claro que sí. Ya verás cómo dentro de poco todo vuelve a ser como antes.
—No me das muchas esperanzas —especificó Oswald—. Además, ya nada podrá ser como antes, estoy totalmente arruinado. Bueno —en cierto modo rectificó—, me queda esta vieja mansión.
—Hola, Vera —intercaló Leonard — . Me alegra que estés aquí, demostrando, esto no cabe dudarlo, que tienes un buen corazón. Os dejo —añadió, y se retiró, no queriendo estorbarles.

Ya a solas en la pequeña salita azul. Vera había de decir a Oswald, esto lo primero, no quería equívocos.
—Siento un gran aprecio por ti, pero no es amor lo que me inspiras. Debes saberlo, es preferible. Pero aunque sólo sienta aprecio por ti, es tan sincero y verdadero que no he podido quedarme sin venir a verte. Y pienso permanecer a tu lado, ayudándote a superar estos malos momentos. Siempre, por descontado, que tú así lo desees...
—Claro que lo deseo —contestó Oswald, pero con un gesto de quien se esperaba otra cosa y en el fondo se siente defraudado—. Me hará feliz tu compañía.
—¿Qué hace Leonard aquí? —preguntó Vera sin esperar a más. Pero la respuesta era obvia y había de reconocer—: Le tenía por un amigo interesado. Ya veo que no.
—Se está portando muy bien conmigo.
—Me alegro.
—Diré al mayordomo que te conduzca a tu dormitorio —repuso Oswald a continuación.
—Gracias, Oswald.
—A ti por estar aquí.
Acababa de salir Vera de la salita azul, cuando se oyó de nuevo el aldabón de la puerta de entrada, volviendo a sonar roncamente.
Mientras tanto, en el exterior, la lluvia no sólo no cesaba, sino que aumentaba en intensidad. De ello que continuamente estuviera pegando contra los cristales formando grandes regueros, que quieras o no emborronaban la visión. Aún así, desde luego, de vez en cuando pasaba a través de ellos la luz fantasmal de los relámpagos.
Un par de minutos después, era Judith la muchacha que se acercaba a Oswald y quedaba impresionada ante aquellos ojos que, sin necesidad de que el interesado lo dijera, resultaba evidente que no veían, que carecían de visión.
—¡Oh, Oswald, cuánto lo lamento!
—Perdí la serenidad —repuso él—, y las consecuencias no pudieron haber sido más lamentables. Debí perder la vida. Hubiera sido mejor.
—No digas eso. Te curarás y...
—Estoy arruinado —Oswald la había interrumpido—. Supongo que ya lo sabes. Recuerdo que en una ocasión me dijiste que sólo te casarías por dinero... Así que, francamente, no acierto a comprender qué haces ahora aquí...
—Es natural que te expreses de este modo, no te lo reprocho —dijo Judith—, Pero aunque siga pensando de la misma manera que siempre, no he podido evitar el deseo de venir a verte, de ofrecerte mi compañía y mi ayuda, si es que en algo puedo ayudarte. ¿Sabes, Oswald?, eres un buen chico, te haces querer por todos. Y no, no he podido quedarme indiferente ante la desgracia que te ha sucedido.

¿Me permites que me quede unos días aquí?
—Desde luego que sí —Oswald sonrió a medias—. Por cierto. Vera también ha venido. —¿Ah, sí?
—Le ha guiado la piedad, lo mismo que a ti. No otra cosa. ¡Qué más quisiera yo!
—Entre las dos —Judith se esforzó por infundirle confianza—, te levantaremos el ánimo. Ya lo verás.
Poco después de que el mayordomo subiera la maleta de Judith al dormitorio que a ésta le fue destinado, volvió a sonar el aldabón de la puerta de entrada.
Por tercera vez.
—¿Será Margaretta? —le preguntó Leonard a su amigo.
—Sería demasiada coincidencia, ¿no crees?
—Todo es posible —y dijo tras mirar a través de la puerta de la salita —. Sí, es ella. Se está desprendiendo del impermeable. Acaba de dejar en el suelo un par de maletas. Por lo visto también viene a quedarse.
—Una más a sentir piedad por mí, por mi desgracia. Nada más... Sí, claro, pedir otra cosa es pedir demasiado. He debido comprenderlo así y no recurrir a esto.
—Espera a ver qué dice —le aconsejó Leonard. Y añadió—: Yo me voy por la otra puerta. Luego me contarás.
Cuando Margaretta entró en la salita azul, su expresión era la de una muchacha llorosa, acongojada, que en vano intentaba controlar sus emociones.
—Oswald... —murmuró muy quedo.
—Hola, Margaretta —respondió él.
—Hubiera querido venir antes, pero mi madre me lo ha tenido terminantemente prohibido —su tono era de disculpa.
—Pero ahora estás aquí...
—He decidido desobedecer a mi madre —repuso Margaretta—. Se trata de mi vida y no de la suya.
—¿Qué quieres decir con esto? —y Oswald adelantó sus manos hacia la llamativa e insinuante muchacha.
En sus manos se colocaron cálidamente las de ella.
—Quiero decir, que vengo dispuesta a casarme contigo. Porque tú me quieres, lo sé. No me importa que estés arruinado, ni que estés ciego. Me he dado cuenta de que te amo. —¿Me amas? —la voz de Oswald tembló de emoción, de intensa e incontenible emoción.
— Sí — dijo ella.
—No puedo creerlo —y Oswald demostraba con su perpleja expresión, que él, bajo, gordo y abotargado, se resistía a admitir como auténtica, como cierta, aquella maravillosa realidad.
—Estoy dispuesta a casarme contigo, Oswald.

—Debo estar soñando.
—No, no...
—Estoy arruinado —le recordó.
—Eso no importa.
—Y estoy ciego.
—Como sea, te amo y quiero casarme contigo.
La llamativa e insinuante muchacha se acercó a Oswald. Se acercó tanto que quedó pegada a él. Luego buscó sus labios, que rozó con los suyos.
—¡Oh, Margaretta!
—Bésame..., bésame...
Oswald no se lo hizo repetir. Aquello era como entrar en el mismísimo cielo.
—Lo que sientes por mí es compasión —dijo él después del beso—. Tiene que ser simple
compasión. No me atrevo a creer otra cosa.
—Es amor, Oswald, y quiero casarme contigo cuanto antes.
—¿Y tu madre? ¿Qué dirá tu madre? Sabes de sobras cómo es...
—Me hizo jurar que antes de casarme mi futuro marido haría testamento a mi favor. Pues bien, será a su gusto, yo no faltaré a mi palabra. Tú harás testamento a mi favor mientras yo lo hago al tuyo. Testamento recíproco, como mi madre dice que debe ser. En realidad, pues, no tendrá nada que reprocharme.
—Todo lo que ahora tengo no es nada... —repuso Oswald — . Sólo me queda esta vieja mansión y un par de viejos criados.
—Menos tengo yo —dijo Margaretta—. Así que no se hable más. Haremos lo dicho y así mi madre no podrá lamentarse del todo. ¿Qué te parece?
—A mí me parece bien —contestó Oswald — . Será a tu madre a quien no se lo parezca.
Ahora todo ha cambiado, ahora soy pobre.
—Se trata de mi vida, no de la suya, ya te lo he dicho.
—De todos modos... —apuntó él.
—¿Qué? —quiso saber ella.
—Quiero que te tomes unos días para pensártelo mejor.
—No los necesito —aseguró la muchacha.
—Aún así —insistió Oswald—, quiero que te lo pienses mejor.
—De acuerdo. Como tú quieras. Pero da por descontado que seguiré pensando lo mismo.
—Me hará feliz que así sea, Margaretta.

* * *

Aún faltaba un rato para la cena, por lo que Oswald rogó a su amigo

Leonard que enseñara la mansión a sus tres encantadoras invitadas.
—Yo os espero aquí —dijo, y sacó un cigarrillo.
Leonard, solícito, le acercó la llama de su encendedor. Luego se volvió hacia las tres muchachas.
—Ya lo habéis oído. Soy vuestro cicerone.
La mansión, en realidad, era tal y como uno se la imagina apenas se le echaba encima una primera ojeada. Estancias amplísimas, muebles antiguos y regios, pesados y descoloridos cortinajes, alguna que otra armadura, lámparas enormes de bronce y, en definitiva, un lugar donde no todos hubieran vivido a gusto.
Y esa sensación se hacía más patente, y se arraigaba más dentro de uno mismo, y se hacía casi hiriente, cuando se visitaba la alería de cuadros.
Una galería que hubiera sido como cualquier otra a no ser porque...
Porque el tercer cuadro, empezando por el más antiguo de los antepasados, correspondía a Davina, la bella y joven esposa de Roger de Andrewstton.
Era un cuadro de tamaño natural, que estremecía, que hacía respingar, que casi obligaba a lanzar un pequeño grito. Sobre todo si era una mujer quien lo miraba.
Davina de Andrewstton aparecía pálida, lívida, vestida con un traje negro. También era negra su capa. Su brazo derecho quedaba colocado en primer término, por lo que la ausencia de la mano derecha se apercibía de un modo súbito y sobrecogedor. El muñón quedaba tan a la vista que era, verdaderamente, lo primero en lo que uno reparaba.
Vera, Judith y Margaretta se quedaron poco menos que sin aliento al verse ante aquel cuadro.
Leonard les explicó la historia. Esa historia que, con el transcurso de los años, había acabado convirtiéndose en leyenda.
—¿Es posible que existiera un hombre así, tan cruel, tan vengativo, tan inexorable? — preguntó Vera refiriéndose a Roger de Andrewstton.
—Me dan escalofríos —dijo a su vez Judith.
—Es espeluznante —añadió Margaretta por su cuenta.
—No tenéis por qué compadecerla tanto —bromeó Leonard—, Después de muerta, ya os lo he dicho, mató a su amante y después a su marido.
—Vamos, Leonard —bromeó a su vez la rubia y bonita Vera, siempre con su cara de buena chica—, no quieras hacernos creer que «toda esa historia es cierta.
—¿Por qué no? —se rió el guapo Leonard.
—Porque Davina de Andrewstton —dijo Margaretta—, no pudo crecerle la mano amputada. Menos aún convertida en una horrible

garra... En consecuencia, tampoco pudo ser ella quien...
—Si su amante murió a zarpazos, y si su marido tuvo igual muerte —repuso Leonard—, ¿por qué desestimar la posibilidad de que ella saliera de la tumba dispuesta a...?
—¿Desde cuándo —Judith acababa de interrumpir a Leonard— los muertos abandonan su tumba? Sería la primera vez que sucediera. Al menos que yo sepa.
—Yo opino —dijo Vera seguidamente— que la pobre Davina pagó demasiado caro su pecado. Tener que amputarse ella misma la mano... Espantoso, sencillamente espantoso... Ahora bien —añadió—: en cuanto a no comer nada más que pan duro... ¿Sabéis lo que os digo? Su sirvienta de más confianza debió llevarle suculentos manjares a escondidas...
—No lo creo —opinó Leonard — . Roger de Andrewstton debió exigir que sus órdenes fueran obedecidas a rajatabla, y todos sabían, desde el primero al último de los componentes del servicio, lo que podía significar levantar las iras de aquel hombre.
—Como fuera —observó Judith—, no quisiera un marido como aquél. Ni por todo el oro del mundo. Espero tener más suerte a la hora de elegir.
—Desde luego —opinó Margaretta—, resulta de pésimo gusto un cuadro como éste.
—Roger de Andrewstton castigó de este modo la vanidad de Davina.
—Es posible —admitió Margaretta — . Pero Roger de Andrewstton ya no es el dueño de esto, murió hace ya muchísimos años, así que me parecería una buena idea sacar el cuadro de aquí y llevarlo al sótano y quemarlo en la primera ocasión.
—Cuidado —observó Judith, con cierto hormigueo en el cuerpo—, no desafíes a los maleficios del pasado. Tal vez ese pasado tenga más poder del que creemos.
—Estoy con Judith —repuso Leonard, pero éste seguía tomándose todo aquello a broma—. Si hablas de retirar el cuadro, quizá Davina se enfade y decida salir de nuevo de su tumba y acabar a zarpazos con aquellos que...
—¡Por favor, calla! —le censuró Vera —.¡Me estás poniendo nerviosa!
—¿De veras? —se rió Leonard — . ¡Pues sí que eres miedosa!
—Yo también lo soy —dijo Judith—. Por lo menos en un lugar como éste.
—¿Qué le pasa de malo a este lugar? —preguntó Margaretta.
—Bueno, ya está bien de decir tonterías —zanjó Leonard—, Volvemos con Oswald, debe estar extrañado de que tardemos tanto.

CAPITULO III

Bill Jagger vio que había luz en aquella vieja mansión y debió pensar que lo mejor que podía hacer era detenerse y pedir cobijo por una noche.

Ya en la explanada, vio que allí había detenidos varios coches. Sin duda sus ocupantes acababan de llegar, preocupándose única y exclusivamente de protegerse de la violenta tormenta que se había desencadenado.

El iba a hacer lo mismo.

Así que se arrebujó lo mejor posible en su impermeable, abrió la portezuela y su metro ochenta de estatura bajo el tremendo y ruidoso aguacero.

Se dirigió hacia el portalón de entrada a grandes zancadas.

Pero antes de llegar, junto a uno de los arbustos cuyas ramas se agitaban bruscamente a impulsos de las ráfagas huracanadas del viento, reparó en algo que salía de la tierra. Era algo que le hizo quedarse con la saliva detenida en la boca.

Pudo seguir adelante y desentenderse de aquello. Pero, ¡caray!, no era para tomárselo a la ligera.

Lo que acababa de ver era una mano de mujer. Salía de la tierra mostrando sus dedos crispados, agarrotados.

Bill Jagger dedujo que, hasta haría poco, esa mano debía haber permanecido cubierta, pero que la lluvia, al desplazar la tierra de su sitio, la había dejado a la vista de cualquiera.

Se acercó al arbusto y se inclinó sobre la mano.

Había de cogerla y de intentar desenterrarla.

Pero la mano no le siguió. Continuó firmemente en su sitio.

Comprendió, entonces, que allí estaba enterrada, no solo una mano, sino también un brazo, y un cuerpo, y todo lo demás. Es decir, que había enterrada una mujer. —¡Caramba! —exclamó.

En ese momento vio que se acercaba alguien.

Alguien que llevaba botas altas, un impermeable oscuro y un sombrero calado hasta las orejas.

No pudo verle la cara. La noche era ya muy intensa. Además, que la lluvia era toda una densa cortina. Resultaba difícil distinguir nada a través de ella.

—¡Oiga! ¡Oiga! —llamó Bill al desconocido—.¡Mire lo que he encontrado aquí! El desconocido se sobresaltó al oírle y dio unos cuantos pasos atrás, retrocediendo.

Por lo menos esto es lo que Bill creyó que había hecho.

Se dio cuenta de que no había sido así, cuando, de súbito, de forma verdaderamente inesperada, le oyó a sus espaldas.

Pero entonces era ya tarde.

Acababan de darle con algo en la cabeza. Con algo duro que le hizo ver mil estrellas a la vez.
Intentó mantener el equilibrio, pero notó que la tierra le subía hasta la cara. O él se iba hacia abajo. Una de dos.
Cuando su rostro dio con el fango, había ya perdido el conocimiento y se había quedado sin saber qué era lo que realmente había sucedido.
¿Cuánto tiempo estuvo allí, caído de bruces, bajo la incesante lluvia? Cuando entreabrió los ojos no tenía ni idea.
Sólo supo que en la vieja mansión seguía habiendo luz y que ya no llovía. Pero pronto volvería a llover, pues los nubarrones cubrían el cielo hasta más allá de donde la vista podía alcanzar.
También supo otra cosa.
A su lado había una mujer.
Joven y hermosa, de largos cabellos dorados. Vestía de negro de arriba abajo. Llevaba una capa de amplia capucha. La capa también era negra.
—Yo no te he golpeado —oyó que le decía.
—¿Quién eres tú...? —le preguntó Bill Jagger, a su vez tuteándola, mientras se esforzaba en reparar con más detenimiento en su rostro.
Un rostro joven y hermoso, en el que, sin embargo, apenas había podido fijarse. Lo había hecho durante unos brevísimos instantes, pero la capucha se había inclinado hacia abajo y ya no veía nada.
Sólo quedaba a la vista el cabello largo y dorado.
—Me llamo Davina —dijo ella—. Soy la dueña de esta mansión. —Y agregó—: Anda, levántate y entra. Tenemos dormitorios de sobras. Puedes pasar aquí la noche.
—Eres muy amable —pero Bill Jagger, joven, de viriles y acusadas facciones, había sentido una sensación extraña, como si no estuviera hablando con un ser normal.
Se puso en pie, sacando el pañuelo y pasándoselo por la cara, limpiándosela, que buena falta debía estar haciéndole.
—¿Sabes quién me ha golpeado? —preguntó Bill.
—No —contestó ella.
—Pero sabías que alguien lo había hecho...
—Me lo he imaginado. Sólo eso.
—¿Y por qué has imaginado una cosa así?
—Porque mis descendientes empiezan a ponerse nerviosos.
—¿Qué descendientes? —preguntó Bill—. No te entiendo. ¿Qué has querido decir con eso de descendientes...?
—Va a llover de nuevo. Es preferible que entremos —repuso ella.
—Pero... —y volvió su acerada mirada hacia el lugar donde, antes de que le dieran en la cabeza, había visto asomar aquella mano de dedos crispados y agarrotados.
—¿Pero...? —preguntó la mujer, y seguía inclinando la cabeza hacia

abajo, ocultando su joven y hermoso rostro bajo los pliegues de su capucha.
—Ahí había una persona enterrada... —dijo Bill—. Por lo que veo ya no está.
Se acercó, asegurándose de ello. No, ya no estaba allí.
Alguien, mientras él había permanecido de bruces contra el suelo, sin conocimiento, se había encargado de sacarla de aquel lugar y de colocarla en otro.
—¿Una persona enterrada? —preguntó ella, pero su tono no expresó asombro ni sobresalto.
—Sí, eso he dicho.
—Cuesta de creer.
—Puedes creerlo.
Bill se dio cuenta de que lo único que hacía esa mujer era mover y hacer gestos con su mano izquierda. No obstante, la derecha la escondía a sabiendas, premeditadamente. ¿Por qué hacía eso?
De nuevo tuvo la sensación de que estaba ante un ser que no era normal.
—Entra en la mansión. Tiempo sobrado tendremos de hablar de todo eso que dices. —De acuerdo —aceptó Bill.
Pero así que hicieron sonar el aldabón, la mujer desapareció de allí. Lo hizo de pronto, como si fuera un ser del otro mundo que contara con poderes excepcionales.
Aunque, claro, también pudo tratarse de que mientras Bill Jagger miraba hacia un lado, ella echara a correr hacia el otro, desapareciendo entre la oscuridad de la noche.
Pero ¿por qué tenía que haber hecho una cosa así la dueña de la mansión? Era extraño, desconcertante, casi insólito.
Bueno, como sea ya alguien había acudido a la llamada del aldabón y la puerta, en consecuencia, se había abierto.
Apareció un mayordomo con todas las características adecuadas de edad y aspecto para encajar perfectamente en aquella vieja mansión.
Poco después Oswald de Andrewstton decía al recién llegado.
—Está usted en su casa. Desde luego pasará la noche aquí, no faltaría más.
—Gracias por su hospitalidad, que desde luego le acepto de mil amores. Hace una noche de perros.
—Ibamos a cenar. Espero que nos acompañe.
—No me vendrá mal algo caliente. He estado no sé cuánto sin conocimiento, bajo la lluvia incesante...
Le explicó el golpe que había recibido en la cabeza al poco de ver cómo una mano de mujer surgía de la tierra, junto a uno de aquellos arbustos. Le explicó también que luego, al volver en sí, se había encontrado con una muchacha muy bella que le había dicho que se

llamaba Davina...
Cuando el mayordomo introdujo a Bill Jagger en el comedor, en la estancia sólo estaba Oswald. Pero a los pocos minutos aparecieron Vera, Judith, Margaretta y Leonard. Habían oído que alguien había hecho sonar el aldabón de la puerta de entrada y se apresuraron a bajar para ver de quién se trataba. Debían sentir curiosidad por saberlo.
Las tres muchachas, y también Leonard, pues, oyeron perfectamente cómo Bill decía que acababa de hablar con Davina.
—¿Con quién ha dicho usted que ha estado hablando? —inquirió Vera, no gustándole nada todo aquello.
Bill miró a la rubia y bonita muchacha. De las tres que sus ojos estaban contemplando, la más encantadora. Indudablemente la mejor. Las otras eran más guapas, pero también mucho menos de fiar. El entendía de mujeres.
—Con Davina... —repuso Bill—. Con la dueña de esta mansión.
—¿Cómoooooo...? —y la perplejidad de Oswald no desorbitó sus ojos porque estos permanecían siempre igual, siempre opacos, siempre inexpresivos.
—Está usted bromeando, ¿no? —inquirió Leonard—. Pues no nos gustan según qué bromas.
—No les entiendo —murmuró Bill.
—Quizá nos entendiera mejor —observó Margaretta, dejando oír su voz por primera vez— si supiera que Davina murió hace muchísimos años.
—Moriría hace muchísimos años otra Davina —detalló Bill—. No la que he visto yo. Esa se hallaba completamente viva.
—¿Y dónde está ahora? —preguntó Judith.
—Ha huido —les informó Bill—. Por lo menos a mí me ha parecido toda una huida.
—¿Y la mujer enterrada? —preguntó Vera a continuación — : ¿Quién era la mujer enterrada?
—No puedo saberlo. Yo sólo he visto su mano.
—A gusto saldría ahora mismo a cerciorarme de todo con mis propios ojos. Pero mis ojos... —Oswald pensó que debía dar una explicación al recién llegado— carecen de visión. Soy ciego.
—Lo lamento —contestó Bill—. De todos modos, yo me pongo a su disposición para lo que desee. ¿Quiere que haga algo en concreto?
En aquel preciso momento empezó a llover de nuevo. Una lluvia tan torrencial como pudiera serlo la de un rato antes.
Rayos, truenos y relámpagos, pues, con ráfagas de lluvia a cántaros se entremezclaron y se dejaron ver y sentir de un modo realmente impresionante.
—Será mejor que lo dejemos para mañana —dijo Oswald.

—Supongo que sí —admitió Bill Jagger.
—Pero si está seguro de que la ha visto, y me refiero tanto a la muerta-viva como a la muerta-muerta, lo más razonable sería que avisáramos a la policía, ¿no creéis? —inquirió Margaretta mirando a unos y a otros.
—No tengo el menor inconveniente en hacerlo —aseguró Bill—. Que, ¿telefoneo?
—No, no —denegó Oswald — . En todo caso lo haremos mañana. Cuando sepamos más a qué atenernos.
—Usted manda —aseguró Bill.
Oswald estaba pensando que la reacción de Margaretta había sido positiva. Más positiva no había podido serlo. Aun así, quería estar más seguro, seguro del todo. Podía tratarse, como Leonard le indicó cuando lo planearon todo, de una compasión momentánea, que luego, a la hora de la verdad, quedara en nada. Debía, por tanto, seguir adelante. Y para eso necesitaba tiempo.
Leonard no tardó en intervenir.
—Sí, es mejor que lo dejemos para mañana. Además que, con sinceridad, cuesta creer que todo eso sea cierto...
—Le aseguro —afirmó Bill, recio y varonil el tono de su voz— que no suelo tener pesadillas. Mi cabeza está muy bien colocada sobre los hombros.
—Pero eso de que haya visto usted una mujer enterrada... Y eso de que haya hablado con Davina... Hágase cargo, todo eso no es fácil de aceptar...
—Comprendo que no lo sea —dijo Bill Jagger, quien quiso, de momento al menos, dejar de hablar de todo ello.

* * *

Apenas concluida la cena, Oswald de Andrewstton, que se había mostrado muy preocupado todo aquel rato, se decidió a exponer en voz alta sus pensamientos. —Escuche, señor Jagger.
—Dígame... —y Bill se volvió hacia el dueño de la mansión, que encabezaba la larga mesa.
—Usted ha asegurado que esa mujer le ha dicho que era Davina...
—Sí.
—Pues yo le agradecería mucho a usted que... que... —pero Oswald debió pensar que seguir hablando de ese modo iba a ser absurdo, ridículo, y se detuvo.
Fue Leonard quien, en lugar de su amigo, concluyó la frase. Posiblemente pensando que, aunque aquello pudiera aparecer absurdo y ridículo, valía más salir de dudas.
—La verdad es que todos le agradeceríamos mucho que visitara la

galería de cuadros. Ahí está el cuadro de Davina de Andrewstton. Un modo como otro de que pueda
identificarla, ¿comprende?
—¿Cómo va a identificarla? —inquirió Vera — .. ¡No es posible que sea la misma! ¿Cómo va a serlo si Davina murió hace ya tantos años? ¡Ni que todos estuviéramos volviéndonos locos!
—Tiene razón Vera —intervino Judith—, eso no puede ser... —pero ponía cara de angustia, de susto, de quien no las tiene todas consigo.
—Aún así —apuntó Margaretta— lo mejor sería salir de dudas.
—Estoy a su disposición, señor Andrewstton —repuso Bill, y se levantó de la mesa.
Se había lavado y aseado debidamente y su varonil apostura quedaba patente con el traje de impecable corte que Leonard le había prestado. «Me lo devolverá mañana, cuando el suyo esté limpio y seco, no se preocupe», le había dicho Leonard con suma amabilidad.
—Acompañarle a la galería de cuadros, por favor —solicitó Oswald a continuación—. Tú misma. Vera, si no te importa.
—Claro que no —contestó la muchacha.
Bill Jagger se alegró de que la rubia y bonita muchacha fuera la encargada de acompañarle.
—La veo nerviosa —comentó Bill por el camino.
—No resulta nada agradable la idea de que ronde por aquí el alma, o el fantasma de una muerta, o lo que sea. ¿no cree? —ella le miró pestañeando.
—Creía que estaba nerviosa por la mujer que he visto enterrada.
—Pero, ¿la ha visto de verdad? —se mostró Vera un poco incrédula.
—¿Tengo yo cara de no saber lo que digo? —preguntó él a su vez.
—No, francamente no —dijo la muchacha, reconociendo que el aspecto de Bill Jagger no podía ser mejor en todos los sentidos.
—¿Entonces... ?
—Pero le han dado un golpe en la cabeza, privándole del conocimiento —Vera intentaba justificarse—. Tal vez...
—No hay tal vez que valga. Además, a la mujer enterrada la vi antes de recibir el golpe. Siguieron adelante.
Y ya en la galería de cuadros, ante el lienzo de Davina, la esposa de Roger de Andrewstton, mientras por el ventanal situado allí cerca el resplandor de los relámpagos se hacía espectral, fantasmagórico, Bill sentenció:
—Es la misma.
—No es posible... —musitó Vera.
—Le aseguro que lo es.
—Pero si Davina murió hace ya tantos años...
—Pues sigue viva y coleando —y por su manera de expresarse, se estaba tomando todo aquello, no a la ligera, ni mucho menos, pero sí

con un marcado escepticismo. —¿Qué opina usted? Dígame qué opina de todo esto, se lo ruego —Vera acababa de darse cuenta de que el joven le inspiraba seguridad y confianza.
—Alguien está intentando que reine la confusión entre ustedes, entre los habitantes de la mansión, y ese alguien debe ser, digo yo, la misma persona que mató y luego enterró a esa mujer...
—Tal vez tenga razón —asintió Vera — . Pero, ¿quién es esa mujer, la que vio enterrada...? ¿Y quién es realmente esa Davina?
—Si no lo saben ustedes, ¿cómo quiere que lo sepa yo que acabo de llegar? —Bill Jagger añadió—: Pero si está asustada, tranquilícese, yo me encargaré de que no le pase nada malo.
—¿Usted...? —se sorprendió—. Usted se irá mañana.
—No necesariamente —apuntó.
—¿Qué quiere decir?
—Si usted desea que me quede a protegerle, me quedaré.
—Me gustaría —reconoció Vera— pero...
—No se hable más —sentenció Bill Jagger—, Me quedaré y me onvertiré, si bien con la máxima discreción posible, en su guardaespaldas.
—No podrá quedarse...
—Ya verá como sí.
De regreso en el comedor, y ante la evidente expectación de todos los allí reunidos, Bill repitió:
—Es la misma.
—Sin embargo... —le recordó Judith— usted nos ha dicho antes que apenas pudo fijarse en el rostro de esa mujer joven y bella. Si apenas pudo fijarse, ¿cómo puede ahora estar tan seguro de que es la misma?
—Estoy seguro —dijo Bill—, Pero ustedes pueden desestimar mi aseveración. Como pueden creer que junto al arbusto no había una mujer enterrada...
—Empiezo a creer —manifestó Leonard— que hay algo de cierto...
—Yo también —ratificó Oswald, quien tanteó temblorosamente en la mesa hasta dar con la copa de brandy.
—Está vacía —dijo Margaretta—. Espera un momento, ahora te la lleno.
Le llenó la copa de brandy y Oswald se encargó de bebérsela de un trago.
¿Quién de ellos estaba más agitado, más intranquilo?
Hubiera sido difícil saberlo. Cada uno a su modo contenía sus emociones.

CAPITULO IV

A la mañana siguiente ya no llovía.

Pero el cielo seguía encapotado, oscuro, amenazador.

Resultaba evidente que la tormenta no se había alejado. Estaba aún allí, sobre ellos, dispuesta a descargar de nuevo su furia.

Leonard había llamado al dormitorio de Oswald y éste le había abierto. Lo encontró sin lentillas.

Como es lógico, por las noches se las quitaba. Así descansaban sus ojos. Además, que no hubiera tenido sentido que se fingiera ciego cuando sabía que estaba solo.

No tuvieron tiempo ambos amigos de comentar cómo iban las cosas. Ni siquiera tuvieron tiempo de empezar a hablar de ello. De pronto se oyó un grito.

Venía del exterior, de fuera de la mansión. Aunque no de muy lejos.

Leonard se apresuró a abrir la ventana, asomándose.

—¿Qué sucede? —preguntó al mayordomo.

Había sido éste el que había lanzado aquel grito.

—Aquí hay una mujer muerta... —jadeó el mayordomo, e indicó el lugar donde la había encontrado.

Y ese lugar era el interior de uno de los coches allí aparcados.

No era aquél el coche de Margaretta. No era el de Vera. No era el de Bill Jagger.

El cadáver en cuestión se hallaba en el coche de Judith.

Al abrir el mayordomo la portezuela, el cuerpo se había derrumbado y había quedado medio colgando fuera.

Por lo demás, el cadáver estaba en descomposición y emanaba un olor pestilente, nauseabundo, que apenas podía aguantarse.

—¡Es Julie! —exclamó Oswald al reconocer a su prima desde su dormitorio.

—Sí, es ella —asintió Leonard.

Como la cabeza de Julie había quedado fuera del coche, pudieron ver perfectamente el horrendo, el espeluznante destrozo que había sufrido su garganta.

—¿Quién ha podido hacer eso...? —a Oswald le salió la voz. Pero reaccionó relativamente pronto y dijo—: La situación no está para que yo siga con esta ficción. Ahora mismo voy a salir de aquí, sin lentillas, e intentaré averiguar...

—¿Y vas a echar por tierra todo lo conseguido hasta ahora? —Leonard acababa de cogerle por un brazo, deteniéndole—: No, no te aconsejo hacerlo. Si has empezado, debes seguir. Eres un hombre inseguro, que duda y vacila de todo, y necesitas demostrarte a ti mismo que vales más de lo que hasta hoy has supuesto. Estás a punto de conseguirlo, ¿no? Margaretta te ha demostrado ya que...

—Pues si ya me lo ha demostrado —dijo Oswald— ¿a qué seguir con esta comedia? Si todo hubiera ido debidamente —admitió— me hubiera gustado seguir adelante, pero dadas las cosas que están pasando...
—Llamamos a la policía y asunto solucionado —repuso Leonard—, Para estar seguro del amor de Margaretta necesitas tiempo, que ella llegue hasta el matrimonio. Sí, necesitas eso. Convéncete de ello.
—Había pensado en confesarle la verdad la noche de bodas, no antes —reconoció Oswald—, Pero han matado a Julie y me temo que...
—¿Qué es lo que temes? —quiso saber.
—El señor Jagger nos aseguró ayer que había hablado con Davina...
—¿Y vas a tomar en consideración sus palabras? Al principio nos impresionó, a mí el primero, pero...
—Al ver el cuadro aseguró que era la misma —remachó Oswald.
—Quiso cortarnos la respiración.
—Sin embargo, alguien ha matado a Julie y esto ya no podemos dudarlo...
—Aun así, será suficiente con llamar a la policía. Anda, vuelve a ponerte las lentillas, sigue haciéndote el ciego y averigua de una vez por todos si Margaretta te ama de verdad. No vas a perder la felicidad porque un loco, porque sin duda se trata de un loco, haya matado a Julie.
Oswald había de insistir en su idea inicial, esto es, en salir de su habitación sin lentillas y en indagar todo lo sucedido con sus propios ojos.
Pero Leonard siguió reteniéndole y acabó convenciéndole de que no debía hacerlo. —Bueno..., bueno... —terminó aceptando Oswald.
Cuando se colocó nuevamente las lentillas, por lo que quedó prácticamente ciego, una sonrisa irónica, mordaz, distendió los labios de su mejor amigo.

* * *

Poco después de llegar el inspector de policía la ambulancia se llevó el cadáver de Julie. Era preciso practicarle la autopsia.
Y el resultado fue el siguiente.
«Muerte violenta, casi súbita, ocasionada por las corvas, fuertes y agudas uñas de una garra.
La víctima fue atacada y sorprendida, y luego, ya muerta, trasladada de lugar. Ha permanecido enterrada bajo tierra varios días.
Al oír esto, Oswald se tambaleó. Sintió como si, de súbito, alguien le hubiera arrojado en el insondable abismo del pasado.
De ese pasado tenebroso del que surgía, como una alucinante pesadilla, el recuerdo de Davina. De la mujer que, según se

aseguraba, acabó teniendo una garra en lugar de mano.
—Pero, bueno, señor Jagger —dijo Judith, cada vez más nerviosa— usted que asegura haber hablado con Davina, ¿qué nos dice de su mano derecha?
—No se la vi, la escondía, o al menos parecía hacerlo —repuso Bill—. Sólo le vi la izquierda.
—Al contemplar el cuadro se habrá dado cuenta, ¿no? —le preguntó Judith—. Davina carecía de la mano derecha.
—Tenía que haber estado ciego para no verlo —contestó Bill—. Oh, disculpe, señor Andrewstton, no ha sido mi en- tención... —se excusó.
—No se preocupe —contestó éste.
En aquel momento oyeron el motor de un coche.
Pensaron que sería, quizá, el inspector. Sin duda se disponía a interrogarles de nuevo.
Pero no se trataba del inspector, sino Walter Moore. Un amigo de todos ellos. Un joven de aspecto flaco, enfermizo, que llegó tosiendo y que no dejó de toser en un buen rato. Buscando a Judith había ido de un lugar para el otro cogiendo un buen resfriado.
—¿Y para qué me estabas buscando? —le preguntó la muchacha.
Se sabía la respuesta. Walter Moore estaba locamente enamorado de ella y no resistía el pensamiento de que pudiera estar con otro. La vigilaba constantemente.
—Deseaba saludarte... —fue lo que dijo de un modo más tonto que otra cosa.
—Pero, bueno —se encaró Judith a su insistente admirador—, ¿es que no voy a poder despegarme de ti? Resultas tan pesado que no hay quien te aguante.
Walter Moore agachó la cabeza y se dispuso a aguantar lo que fuera.
—¡Sabes de sobra que no me interesas! —exclamó Judith seguidamente—. ¡Yo quiero casarme con un hombre rico, muy rico, que de una vez me lo solucione todo! Ya sé, ya sé, que llegará un día en que tú también tendrás mucho dinero. Has acabado ya la carrera de doctor, te estás especializando en oftalmología y acabarás siendo famoso. Pero no estoy dispuesta a esperar tanto, ¿te enteras? Pues, por favor, olvídate de que existo.
—Estás nerviosa y lo está pagando Walter —intervino Vera, reprochándole así a su amiga su manera de comportarse—. Eso no está bien.
—No, no está bien —se hizo cargo Judith—, Perdona, Walter.
—Estás perdonada.
—Es que han pasado cosas tan horribles... —se justificó Judith—. ¡Se me han puesto los nervios a flor de piel.
Walter Moore había de enterarse de todo. Entre unos y otros se lo contaron.

—¿Y qué dice el inspector? —quiso saber.
—Aún no ha dicho nada —contestó Leonard.
—¿Me permites, Oswald, que eche un vistazo por todo... —y Walter Moore, amplió—, ¿Sabes?, me hubiera gustado ser detective... A mí me van estas cosas...
—Mira lo que quieras —contestó Oswald—, Por dentro y por fuera. Y ojalá saques alguna deducción válida.
—Lo intentaré. Pero ante todo, Oswald, permíteme que te diga que siento mucho el estado en que te encuentras. Me he enterado por un amigo común. Si en algo puedo ayudarte, ya lo sabes, cuenta conmigo.
—Agradecido —se limitó a decir Oswald.
A partir de ese momento, el joven flaco y de aspecto enfermizo empezó a investigar por su cuenta y riesgo.
Se lo tomó como un juego. Como un juego más divertido que trágico, donde él, como los detectives de las películas, tenía forzosamente que salir airoso tras haber descubierto al culpable o a la culpable.
Cierto que, en un principio, le impresionó un poco más de la cuenta contemplar el cuadro de Davina. Aquella mano escalofriantemente cortada, aquel horrible muñón que aún seguía ensangrentado... Pero no, él no podía tomarse en serio eso de que Davina viviera. ¿Cómo iba a vivir si murió hace ya tantos años? En conclusión, pues, aquel cuadro le dejó indiferente. No era más que eso, un cuadro.
Walter Moore había estado recorriendo la mansión y buscando detalles reveladores aquí y allá. También había salido a la explanada, acercándose al arbusto donde fue enterrado el cuerpo de Julie.
Había ido solo. No había deseado la compañía de nadie.
Por eso, ahora, en la galería de cuadros, también estaba solo.
¿O no lo estaba...?
Acababa de sentir la sensación de que le estaban mirando, observando, y no pudo evitar un cosquilleo muy desagradable a lo largo de su espina dorsal.
Se giró, mirando hacia uno y otro lado. Lo que se esperaba. No había nadie.
Sólo, pues, podían estar mirándole las personas que estaban en los cuadros.
Uno de ellos correspondía a un hombre alto, de gesto brutal, de ojos desquiciados. Allí ponía: Maximiliano de Andrewstton.
Pero debía ser Davina quien le estaba mirando con tanta intensidad.
Alzó sus ojos hacia la esposa de Roger de Andrewstton.
Le pareció que Davina se agitaba. Por lo menos le pareció que sus ojos relucían amenazadores en medio de su rostro pálido, lívido. También le pareció que se movieron sus largos cabellos dorados y que su expresión cambiaba.

¡Tonterías!
Se estaba asustando de un modo absurdo y las consecuencias estaban allí, veía visiones.
Pero si eran visiones, ¿por qué esa sensación viva, hiriente, de que alguien le estaba espiando?
A través del gran ventanal situado allí cerca, vio brillar un relámpago y a los poco instantes oyó el estampido del trueno.
Se acercó al ventanal, instintivamente. Entonces se dio cuenta de que el marco de una de sus cristaleras se hallaba astillado, roto, así que aquello significaba un riesgo si alguien se apoyaba allí sin reparar en el deterioro que el tiempo había causado en aquella madera.
Un riesgo tanto mayor, se fijó Walter Moore, cuanto que, tras la cristalera, por la parte exterior, había un enorme vacío. Algo así a un abismo. Caer por allí significaría indudablemente una muerte cierta.
De nuevo un rayo fulminó allá arriba, en la oscura y tenebrosa bóveda celeste, y en seguida empezó a llover. A llover con tanta fuerza que el agua parecía dar latigazos al caer.
Había oscurecido de un modo súbito, casi violento. Todo había quedado en penumbra, como si fuera ya el anochecer.
Walter Moore se apartó del ventanal, donde el viento y la lluvia hacían crujir los cristales de un modo poco confortable.
Seguía sintiendo la misma sensación.
Alguien le estaba mirando.
De pronto, vio cerca de él la figura asesina. En el aire se alzaba la garra...
Flaco y de aspecto enfermizo, Walter Moore se convulsionó de horror ante el espectáculo que sus pupilas contemplaban.
¡Porque era Davina de Andrewstton, vestida con el mismo traje negro del cuadro, y también con la misma capa negra del cuadro, quien se hallaba a su lado!
Horrorizado, al límite del pánico, del pavor, sintió que el corazón se le helaba, se le petrificaba en el pecho.
—Si tú estás muerta... —musitó.
Sólo acertó a eso. A nada más. Se había quedado como si un ataque de apoplejía le hubiera súbitamente paralizado.
La silueta femenina avanzó hacia él y descargó furiosamente su enorme garra, de uñas espeluznantemente corvas, fuertes y agudas.
Cayó salvajemente sobre su garganta, destrozándole despiadadamente la yugular, desgarrándole aparatosamente las dos carótidas y arrancándole la piel a tiras.
Fulminado por aquel súbito ataque, Walter Moore cayó de rodillas. Daba la sensación de pedir piedad a aquel ser del otro mundo. Del otro mundo tenía que ser puesto que los muertos no son de éste.
No inspiró piedad.

Ni nada parecido.

Perdidas las fuerzas, Walter Moore se desplomó en el suelo. Y la garra no perdió su ocasión y volvió a clavarse, a hundirse, a incrustarse en su garganta. De forma implacable, irreversible. De una forma atroz, aterradora.

Unos segundos después, Walter Moore se hallaba sin vida en medio de un charco de sangre.

La figura asesina huyó...

Pero antes de que lo hiciera había de aparecer Vera.

—¿Estás aquí, Walter? Te estamos espe...

Vera llegó a tiempo de ver cómo Davina huía a lo largo de la galería.

Después vio a la víctima, en el suelo, con su horrendo destrozo en la garganta, rodeada de sangre.

Vera soltó un agudísimo chillido, se tapó la boca con las manos y retrocedió espantada, dando tumbos como si se hallase en una embarcación que estuviera poco menos que zozobrando.

CAPITULO V

La muerte de Walter Moore había sobrecogido a todos.
Y fue Judith la primera que, sin poder contenerse, exclamó:
—¡Voy a irme de aquí en cuanto amaine la tormenta!
—Pues tienes para rato... —contestó Leonard.
—¡Esta tensión de nervios no hay quien la aguante!
—Tienes razón —dijo Margaretta—, pero yo...
—¿Tú qué? —preguntó Vera.
—Yo no puedo irme de aquí dejando solo a Oswald.
—Solo no ibas a dejarle —puntualizó Leonard — . Yo voy a quedarme con él. No me hace demasiada gracia, pero...
—Debéis iros los dos —repuso Oswald, quien seguía con la frente vendada. Puesto que la ficción continuaba, ese pormenor no podía faltar—. Os lo agradezco mucho de todas maneras...
—Yo voy a quedarme —dijo Leonard—. El asunto se ha puesto muy feo, pero no creo que el inspector tarde en averiguar...
—Mientras el inspector averigua lo que sea, yo me vuelvo a mi casa —Judith se reafirmó en lo dicho—. ¿Tú te quedas, Vera, o regresas conmigo?
La muchacha se lo estuvo pensando. Recordó que Bill Jagger le había dicho que se quedaría y se convertiría en su guardaespaldas. Pero eso se lo había dicho antes de que mataran a Walter Moore. Se decidió.
—Me voy contigo.
—En cuanto amaine la tormenta —puntualizó Judith.
—Antes no, claro —convino Vera—. Con tantas descargas eléctricas...
—No sería sensato —dijo Leonard—, pero vosotras sabréis lo que hacéis, yo no me atrevo a aconsejaros ni en un sentido ni en otro.
—Yo me quedo —repuso Margaretta, y se acercó a Oswald.
—Gracias —murmuró éste.
—¿Y usted? —preguntó Leonard acto seguido—. ¿Usted se va a quedar, señor Jagger?
—No estoy en mi casa, así que no soy quien deba decidirlo —contestó Bill—. Desde luego, a mí me gustaría quedarme y ver de investigar sobre todo este enredo.
—Walter quiso dárselas de detective y no le fue precisamente bien — le recordó
Oswald—, Pero por lo visto le han quedado a usted ganas de imitarle.
—Mi caso es distinto —y Bill le hizo saber—. Yo soy detective de verdad—, ante la sorpresa de todos ellos agregó—: No les miento, aquí tienen.
Sacó su documentación, y la enseñó a Leonard y seguidamente a los demás.

—¡Ah, detective! —exclamó Vera, y dio un suspiro de alivio.
Oswald también respiró más a gusto.
Fue Leonard a quien no terminó de agradarle la noticia, pero lo disimuló bien.
—Siempre es una tranquilidad saber que hay aquí alguien de quien podamos fiarnos del todo —repuso.
—Acabo de decidirlo —dijo Vera—, yo también me quedo.
—¿Te quedas? —se sorprendió Judith.
—Sí —dijo la rubia muchacha—. Con un detective al lado ya no me siento tan miedosa. —Le agradezco la confianza —sonrió Bill Jagger —. Y en fin, ¿por qué no empezar ahora mismo a aclarar esta anómala situación?
—Si ello fuera posible... —apuntó Oswald.
—Por intentarlo no perdemos nada. Veamos... —y se dirigió a Vera —: ¿cómo era esa Davina que usted ha visto huyendo por la galería de cuadros?
—Lo he dicho ya una docena de veces.
—Una más, por favor.
—Era... ella misma —musitó Vera.
—Era —aclaró Bill—, parecida al cuadro. Es lo que ha querido decir, ¿no?
—Sí.
—Porque la misma no puede ser. Pasada la primera impresión, ustedes y yo, todos, hemos de partir lógicamente de esa base. Prosiga, Vera...
—Iba vestida de negro, con una capa también negra...
—Como en el cuadro. Y por cierto, ¿le ha visto la mano derecha?
—No he tenido tiempo de ver nada. Sólo por unos instantes su rostro.
—¿Había mucha claridad cuando le ha visto el rostro? —preguntó—. Supongo que no, con este cielo tan encapotado...
—Apenas había claridad —reconoció la muchacha—. Aun así, puedo asegurarle que era el mismo rostro del cuadro...
—Por cierto —repuso Bill seguidamente—, ¿existía algún motivo para que Walter Moore fuera odiado por alguno de ustedes?
—¿Odiado por nosotros? —se sorprendió Oswald — . No, claro que no.
—En absoluto —aseguró Vera.
—No, no... —dijo Judith.
—No, no... —repitió Margaretta.
—Walter era un buen amigo de todos nosotros —aseguró Leonard.
—Desde hace mucho tiempo —corroboró Oswald.
—Bueno, espero a ver qué dice el inspector ante esta segunda muerte —zanjó de momento Bill Jagger—, Quizá la nueva autopsia revele algún pormenor significativo. —Yo creo —dijo el guapo Leonard—,

que la muerte de Walter es idéntica a la de Julie. Nada en realidad las diferencia.
—Pero... pero los seres hu... humanos tienen manos, no garras... —tartamudeó Oswald, muy tembloroso todo él.
—Yo nunca he creído en aparecidos, ni en fantasmas, ni en seres del otro mundo — manifestó Margaretta — . Pero, claro, dada las circunstancias...
—Además, yo he visto a Davina —dijo Vera.
—En fin, no le des más vueltas al asunto. Tomémonos un respiro.
Y la sugerencia de Bill Jagger fue bien aceptada.
Se estaban ahogando en su propio miedo, y la verdad es que hasta el aliento les faltaba. En el exterior, la tormenta no decrecía. Y no sólo eso, el negro horizonte presagiaba nuevas y violentas precipitaciones torrenciales.

* * *

En la salita azul, Oswald se había quedado a solas con Leonard.
Solos por unos breves instantes.
Oswald los aprovechó para decir:
—Me siento cada vez más desasosegado. Creo que no me calmaré, al menos en la medida de lo posible, mientras no me quite las lentillas y afronte sin falsedades ni engaños todo lo que está sucediendo.
—Si lo haces así, te quedarás sin saber cuáles son exactamente los sentimientos de Margaretta respecto a ti —resulta evidente, como en realidad ya lo resultó en ulterior ocasión, que Leonard no deseaba que su amigo se quitara las lentillas.
Pero Oswald no terminó de captar la oculta intención de tales palabras. Creyó, sinceramente, que su amigo le hablaba con su mejor buena voluntad.
—Sí, claro —admitió—. Si no llego hasta el final me quedaré como antes, como siempre, sin saber... Pero hazte cargo, Leonard, esta situación se está haciendo insostenible. La verdad es que me cuesta creer que sea Davina...
—Mira, Margaretta se acerca —le interrumpió—. Habla con ella e intenta que los acontecimientos vayan rápidamente hacia adelante. Cuanto antes decidáis casaros, y cuanto antes lo hagáis, antes habrás llegado al final de esta comedia. Una comedia — insistió Leonard—, que no debes dejar a medias, claro que no. Al menos no seré yo quien así te lo aconseje.
—Sí, claro... Sí, claro... —asintió Oswald, una vez más dejándose convencer por los razonamientos de Leonard, su mejor amigo.
Unos minutos después Leonard se había retirado de aquella pequeña estancia y Margaretta se hallaba allí, al lado del ciego que de tal no

tenía nada.
Tampoco de listo demostraba tener mucho. No se le ocurría pensar que pudiera estar siendo manipulado.
—Margaretta... —pronunció el nombre de la llamativa e insinuante muchacha con tono de mal contenida adoración.
—Dime, Oswald.
—Quisiera hacerte una pregunta.
—Hazme las que quieras —y Margaretta se sentó a su lado.
—No nos engañemos —dijo Oswald no sin cierta amargura—, yo soy bajo, gordo, y tengo el rostro siempre abotargado... Además, estoy ciego... Así que la pregunta es ésta. ¿Cómo es posible que me quiera una muchacha como tú? Esto no tiene sentido.
—Sí, lo tiene —contestó ella — . Porque yo busco la felicidad y la busco con los ojos muy abiertos, no queriendo dejarme vencer por los espejismos. Me explicaré mejor, para que me entiendas...
—Sí, hazlo, te lo ruego.
—Cuando te conocí a ti —repuso Margaretta—, conocí también a tu amigo Leonard. Y es tan apuesto, tan guapo, que me eclipsó. No voy a decirte una cosa por otra, no quiero engañarte. Sí, me eclipsó. Pero después...
—Después, ¿qué? —el anhelo de Oswald no podía pasar desapercibido.
—Después empecé a compararlo con mi padre.
—¿Con tu padre?
—Te he hablado de él en varias ocasiones. Era muy alto, muy atractivo, y mi madre se enamoró locamente de él. Pero él abandonó a mi madre cuando aún no hacía dos años que se habían casado, cuando yo aún no había cumplido mi primer aniversario. Dijo que éramos un estorbo para él, que él tenía otros planes de más envergadura y se fue a Africa, siempre había sido muy aventurero. Nunca más volvimos a saber de él. Puedes figurarte lo que la vida ha sido para mi madre y para mí.
—Me lo figuro.
—Así que —dijo Margaretta— he decidido unirme a un hombre bueno, leal, honrado, Esto ante todo. Lo demás es secundario. Y como más bueno, leal y honrado como tú no voy a encontrarlo... ¿Me comprendes ahora?
—Entonces, ¿sigues decidida a casarte conmigo? —preguntó Oswald, tan felices que no terminaba de creérselo, de ello sin duda el gesto un poco bobo que ponía.
—Sí, sí... —afirmó ella una y otra vez, y colocó sus manos entre las del hombre que no veía.
—Siendo de este modo, pon tu misma una fecha para nuestra boda. Cuanto antes mejor, claro.

—Aceleraremos los preparativos así que se averigüe quien comete esos horribles crímenes, ¿te parece? Pero no, no... —se corrigió a si misma—, se averigüe o no, nosotros nos casaremos la semana próxima, o dentro de quince días a lo sumo.
—Me parece maravilloso. Ah —amplió—, en cuanto podamos iremos al notario y haremos ese testamento que tu madre tanto desea. Lamento, Margaretta, haber perdido mi fortuna... Mi testamento, ahora, ya no tendrá verdadero valor... Sin embargo, aún poseo esta vieja mansión... Si algo me sucediera, podrías venderla y...
—¿Qué va a sucederte? ¡No tengas ideas raras! Pero, bueno, le daremos gusto a mi madre. También yo haré testamento a tu favor. Mi madre siempre dice que el testamento debe ser mutuo, recíproco. Aunque yo, tú bien lo sabes, no tengo ninguna propiedad.
Siguieron hablando y todo quedó debidamente acordado.
En principio esperarían que el tiempo mejorara. Con tales condiciones climatológicas no era razonable aventurarse por los enfangados caminos ni tampoco por la resbaladiza carretera. Era mejor esperar.
Así lo harían. Mientras tanto el inspector tendría sin duda alguna cosa que decirles.
La tuvo.
La autopsia había demostrado que Walter Moore había muerto casi súbitamente víctima de una garra armada de uñas corvas, fuertes y agudas. La misma muerte que había tenido Julie. Sin diferencias de ninguna índole.
—Pero..., pero... —tartamudeó Oswald.
El inspector les interrogó una vez más, pero ninguno se atrevió a sacar a relucir a Davina, la esposa de Roger de Andrewstton. Quizá temieron que el policía se echara a reír en sus propias narices.
Cuando el inspector se fue bajo la lluvia que seguía cayendo torrencialmente, unos y otros se miraron.
—¿Y bien...? —preguntó Vera—, ¿Qué vamos a hacer...?
—De momento —dijo Bill Jagger—, seguir aquí poco menos que sitiados, porque esta tormenta parece que no vaya a acabar nunca.
—Pero así que acabe —repuso Judith—, yo me largo. Lo lamento por ti, Oswald, lo lamento de veras, hubiera sido mi deseo...
—Te comprendo perfectamente y puedes irte con toda tranquilidad. Por lo demás — añadió Oswald, sonriendo—, ni hoy ni nunca voy a quedarme ya solo. ¿Queréis saber la noticia? Margaretta y yo vamos a casarnos.
Judith se quedó perpleja, atónita, sin saber qué decir, sin saber ciertamente cómo reaccionar.
Vera se quedó asimismo cortada, creyendo que no había oído bien. Creyendo que había oído mal.
Leonard no demostró sorprenderse y dijo:

—Mi enhorabuena. De todo corazón.
Bill Jagger por su parte también dijo algo. Aunque él lo dijo con un tono especial: —Los hay con suerte. Usted es uno de esos hombres, señor Andrewstton.

* * *

Sin novedades dignas de mención fueron transcurriendo las horas.
Así pues, había declinado ya el día y la lluvia seguía siendo una persistente cortina de agua que se volvía realmente ruidosa al dar contra los cristales de los ventanales.
En cuanto a los rayos y truenos, no cesaban, eran como si quisieran ensordecer todos los oídos.
Nadie se había decidido a irse en tales condiciones, así que seguían todos ellos en la vieja mansión.
Después de la cena y antes de retirarse a descansar, Leonard le dijo a Oswald.
—Date cuenta, todo va viento en popa para ti. Dentro de unos días ya podrás estar seguro de los sentimientos de Margaretta.
—Ya puedo estar seguro ahora, ¿no crees?
—No, no. Lo estarás solamente cuando ella diga sí ante el altar. Entonces quedará demostrado, ya sin lugar a la menor duda, al menor recelo, lo que siente por ti. Mientras tanto, nunca se sabe, puede ser una piedad que...
—Sí, claro... Sólo entonces...
La frase se quedó sin concluir. Alguien se acercaba y debían mostrarse prudentes, discretos. Nadie debía sospechar lo que los dos amigos se llevaban entre manos.
Pero, bueno, Leonard sabía de sobras que la realidad no era exactamente ésa...
Poco rato más tarde, acompañados por el sonido de la lluvia, que se había convertido ya en una cantinela irritante, todos se retiraban a sus respectivos dormitorios.
Bueno, la verdad es que Leonard se metió sigilosamente en el dormitorio de Margaretta.
Apenas allí dentro, la pareja cayó uno en brazos del otro.
Y breves instantes más tarde estaban en la cama, desnudos, haciendo el amor.

CAPITULO VI

Bill Jagger había acompañado a Vera hasta la puerta de su habitación, despidiéndose de ella con estas palabras.
—Espero soñar contigo —y la tuteó con naturalidad.
—Puedes hacerlo —sonrió ella—. Pero no te propases, ¿eh?
—Me costará no hacerlo —le devolvió la sonrisa—. Buenas noches.
Cuando se metió en su dormitorio, Bill no le dio al interruptor de la luz y se dijo que tenía que pensar con calma en todo aquello que estaba sucediendo.
Sacó un cigarrillo y se quedó paseando de un lado al otro. Parecía estar midiendo los metros que tenía la estancia.
De vez en cuando, ya con el cigarrillo encendido, se acercó a la ventana y miró al exterior. Pero no, no vio nada de particular.
Aparatosos rayos, estruendosos truenos y torrencial lluvia y viento. Un viento que agitaba frenéticamente las ramas de los arbustos. Esto era todo.
Así transcurrió una hora. Como mínimo.
Bill seguía a la expectativa. Algo tenía que suceder, estaba seguro.
De pronto se quedó parado.
Había visto algo a través de los cristales.
Nada más y nada menos que al hombre de las botas altas, impermeable oscuro y sombrero calado hasta las orejas. El mismo que le dio aquel golpe en la cabeza.
Miró mejor a través de los cristales de la ventana, pero ya el hombre se estaba alejando, desapareciendo de su radio visual.
A pesar de lo persistente y torrencial de la lluvia, se decidió a abrir la ventana y a asomarse. Unico modo de ver por dónde se iba el hombre.
Así que se hubo asomado tuvo en el rostro un ramalazo de lluvia y viento.
Pero había visto cómo el hombre desaparecía entre los arbustos. No entre esos diez o doce situados cerca de la explanada, sino entre aquellos otros que, numerosos, muy juntos, formaban un núcleo más allá, a lo lejos.
Bill Jagger se puso el impermeable y salió de la habitación, bajando rápidamente la escalera. Pero sin hacer ruido, no queriendo que nadie le oyera.
Ya fuera, le recibió la lluvia, a la que el viento lanzaba a ráfagas. Sin embargo ni pareció notarlas. Quería atrapar a aquel hombre. Si lo conseguía, sin duda quedarían aclaradas muchas cosas.
La oscuridad de la noche no ayudaba a perseguir a nadie, pero de vez en cuando todo quedaba iluminado por el fulgor de los relámpagos.
Confiando en eso se dirigió hacia el núcleo de arbustos. Aquel hombre

no debía estar muy lejos.
La verdad es que estaba muy cerca. Por lo visto se hallaba esperándole.
Vio de pronto su oscura sombra y se percató de que en la mano llevaba una pistola.
El también llevaba su propia pistola, pero no le sedujo la idea de utilizarla. Algo le decía que aquel hombre no se dejaría coger de no ser muerto, y muerto no le interesaba. Lo quería vivo, dispuesto a explicar todo aquello que hasta entonces aparecía tan confuso.
Entre los arbustos, Bill Jagger retrocedió un par de metros y luego avanzó por la derecha, dando una pequeña vuelta para coger desprevenido al hombre. El torrencial aguacero persistía y martilleaba en las ramas y en las hojas de los arbustos, y eso iba a su favor. Su ruido apagaba el que pudieran hacer sus pisadas sobre un terreno lleno de briznas, y de fango, y a veces incluso de auténticos charcos.
Consiguió lo que se proponía, sorprender al hombre, y entre ambos se entabló acto seguido una pelea sin concesiones. A puñetazo limpio.
La pistola había saltado por los aires a la primera, así que peleaban en igualdad de condiciones.
Bill se empeñaba en ver el rostro de su adversario, pero no lo conseguía, lo agachaba, lo ocultaba. Bill le pegaba fuerte, pero el sombrero seguía calado hasta las orejas. No había forma de ver las facciones de aquella fisonomía ni siquiera cuando aparecía el resplandor de los relámpagos.
Una cosa, sin embargo, era bien cierta. Aquél era un hombre joven, y fuerte. Era un hombre que no le daba facilidades de ningún género.
En eso, entre golpe de uno y respuesta contundente del otro, Bill Jagger fue a parar a tierra, cerca de donde instantes antes había ido a parar la pistola de su adversario.
Contaba con unos segundos antes de que la pelea prosiguiera, así que Bill los aprovechó para descargar la pistola. Pero no del todo, le dejó una bala.
Luego, ya con su adversario encima, hizo el ver que quería adueñarse de la pistola.
Dándose cuenta de lo que él pretendía hacer, su enemigo, que no le había visto quitar las balas de la recámara, quiso anticipársele.
Bill le dejó que consiguiera su pretensión, si bien haciéndole ver que él luchaba porque no lo lograra.
Ya la pistola en la mano de su enemigo, Bill le sujetó por la muñeca. No era cosa de permitir que disparara por las buenas. Debía apretar el gatillo cuando a él le interesara que lo hiciera. Sólo entonces.
Como fuera, el forcejeo consiguiente no tuvo nada de juego de niños. Ambos tuvieron que luchar enconadamente.
De pronto, la punta de la pistola quedó apuntando el pecho de Bill

Jagger. Exactamente en el corazón.
Su adversario no se dejó escapar la ocasión y disparó. Tenía el dedo presto a hacerlo a la primera oportunidad.
Bill profirió un grito, se llevó las manos al pecho y cayó hacia atrás, y ya no se movió.
Como en la pelea se le había desabrochado el impermeable, fue fácil reparar en la mancha roja que surgió de súbito en su camisa.
El hombre del sombrero calado hasta las orejas, pudo agacharse y cerciorarse de que Bill estaba muerto. La verdad es que tuvo tentaciones de hacerlo. Pero retrocedió, bastantes apuros había pasado ya. Además, que seguro que estaba muerto. Tenía que estarlo. La bala le había atravesado el corazón. De una bala así no se escapa nadie.

* * *

Retrocedió bajo la lluvia y poco después desaparecido de allí, de entre aquel compacto núcleo de arbustos.
Ya en el interior de la mansión, habiendo entrado por una de las puertas traseras, sacudió el agua de su impermeable y de su sombrero. Luego dejó ambas piezas a buen recaudo para que nadie pudiera encontrarlas.
Seguidamente subió la escalera, llegó al piso y se metió en la habitación de Margaretta. Todo esto sin hacer el menor ruido, con absoluto sigilo.
Margaretta le estaba esperando con la puerta un tanto entreabierta.
—¿Y bien...? —le preguntó ella con anhelo.
—Le he matado —contestó Leonard — . Ya no volverá a molestarnos.
—Había empezado a temer que todo se nos complicara.
—Debes tener confianza en mí, y no perder tan fácilmente la serenidad.
—Nosotros no contábamos con que se inmiscuyera en esto un detective. Hazte cargo...
—Te comprendo, cariño. Pero ya está todo solucionado, Bill Jagger no volverá a inquietarnos.
—No te habrá reconocido, ¿verdad?
—No, no. De todos modos, eso ya no habría de servirle de mucho. Está muerto.
—¿Estás seguro?
—Todos tenemos el corazón situado en el mismo sitio, ¿no? Pues ahí le he incrustado una bala. El resto es fácil de imaginar.
—Respiro a gusto... —dijo Margaretta.
—Ha sido una buena idea pasar ante la ventana de su dormitorio. Siendo detective y sabiendo que quería esclarecer el asunto, seguro

que no iba a estar durmiendo aunque la luz permaneciera apagada. Y no cabía dudarlo, al verme me seguiría.
—Pero encontrarán el cadáver, intervendrá de nuevo el inspector. Esta vez ya nadie creerá que haya sido Davina...
—Hubiera sido preferible que Bill Jagger muriera destrozado por la garra. Pero a él no íbamos a poder quitárnoslo de encima con un truco como ése... Así que, bien muerto está aunque sea con una bala. ¿Que intervendrá el inspector? Claro, seguro que lo hará. Sin embargo, no sacará nada en claro y todo en realidad seguirá lo mismo. Y tú y yo continuaremos adelante.
—¿Y si Oswald, ante tanta muerte, ante tanto suspense, acaba quitándose las lentillas... ? En ese caso, quedaría a un lado el plan que tú le sugeriste y en definitiva volvería a desconfiar de mis amorosos sentimientos hacia él...
—Yo me encargaré de que Oswald llegue hasta el final. Es un chico sin personalidad — añadió—, fácil de manejar.
—Siempre ha sido así —convino Margaretta.
—Y llegará el día de vuestra boda —dijo Leonard — . Antes, claro, Oswald habrá hecho testamento a tu favor.
—Y yo a favor de él —se rió Margaretta — . Como mi madre dice que debe ser.
—Con la excusa de que tu madre piensa así, nos la hemos organizado perfectamente. Así pues —prosiguió—, ya arreglado el asunto del testamento, os casaréis y vendréis a pasar la noche de bodas.
—Sí —asintió Margaretta.
—Yo habré llegado antes —observó Leonard—, y habré entrado, sin llamar, sin que nadie me vea. Para algo tengo llave de todas las puertas. Me resultará sencillo. Estoy convencido de que no vas a necesitarme, pero por si acaso... —apuntó.
—Antes de dirigirnos al dormitorio conyugal —dijo Margaretta, enumerando los hechos aún por acontecer —, y antes de que Oswald me dé la grata noticia de que no es ciego ni está arruinado, yo...
—Tú le expondrás el deseo —puntualizó Leonard—, de ver una vez el cuadro de Davina... Oswald te pondrá reparos, pues eso de que su prima Julie y Walter Moore hayan muerto víctimas de la garra no le hace tenerlas todas consigo... Aun así aceptará tu deseo e iréis a la galería de cuadros... Ya allí te las arreglarás para que se acerque al ventanal... A esa parte del ventanal cuyo marco está astillado, roto... Una vez allí empujarás a Oswald... Un buen golpe, súbito e inesperado... Con eso bastará...
—Sí, claro —asintió Margaretta.
—La cristalera cederá y él caerá al vacío, al abismo. ¿Cuántos metros tiene de profundidad? No lo sé exactamente, pero te aseguro que

morirá en el acto.
—Y entonces yo le heredaré —dijo Margaretta—, y compartiré su fortuna con mi futuro marido. Contigo, cariño...
Leonard la estaba besando ya apasionadamente.
Y apasionadamente le estaba ella correspondiendo.
Pero, al poco, Margaretta había de decir, en realidad aún con ciertos reparos.
—¿Tú crees, Leonard, que de verdad han sido precisas esas muertes...?
—¿Te refieres a Bill Jagger? —preguntó.
—Y a Julie, y a Walter... ¿No hubiéramos podido dejarles con vida?
—No.
—Si tú lo dices...
—Julie hubiera convencido a Oswald de que mi plan era algo absurdo... Nada de hacerse el arruinado, menos aún el ciego, se lo habría dicho una y otra vez. En consecuencia, Oswald no habría caído en la trampa que tú y yo, de común acuerdo, le hemos tendido. Se sabe bajo y gordo, poco agraciado físicamente, y está acomplejado, y ha necesitado una prueba contundente, como la que le hemos ofrecido, para decidirse. Nunca se hubiera decidido de no ser así... Ni contigo ni con ninguna otra...
—Sí, de acuerdo. Pero ¿y Walter? ¿Por qué matar a Walter?
—Había acabado la carrera de medicina, se estaba especializando en oftalmología. ¿No lo entiendes? De seguir aquí, no hubiera tardado en comprender que Oswald lleva lentillas y que todo es una pura ficción... Hubiera estropeado nuestro plan.
—En esto tienes razón —admitió Margaretta—. Sin embargo, no termino de estar segura de que haya sido una buena idea hacer que surgiera Davina...
—Hazte cargo —dijo Leonard—, al tener que matar a Julie comprendí que no podía encontrar un modo mejor que haciéndole ver que era Davina quien regresaba tenebrosamente desde las tétricas sombras de su pasado... Así que me coloqué la mascarilla de cera que imita a la perfección la belleza de su rostro, me coloqué la peluca de largos cabellos dorados, me puse asimismo el vestido negro y la capa negra, cogí la garra ...
—Ya tenías preparada la mascarilla y la peluca, y el vestido y la capa negra y la garra...
¿Qué quiere esto significar? ¿Ya entonces sabías que ibas a tener que matar...?
—No lo sabía, cariño. Pero podía muy bien verme ante esa posibilidad y quería, de antemano, asegurarme de que todo iba a salir bien. Y para eso. ¿qué mejor salida que marear a todos, principalmente a Oswald, con el miedo hacia un fantasma...?

—Bill Jagger no creía en fantasmas.
—Está muerto, ya no hay por qué preocuparse más de él. Desde luego —reconoció Leonard—, desde el principio su presencia nos ha complicado las cosas —había de añadir—: Cuando vi que iba a pedir cobijo en la mansión, le di un fuerte golpe en la cabeza... Pensé que, con semejante recibimiento, optaría por marcharse... Yo había salido para asegurarme de que la lluvia no había desenterrado a Julie... Pude elegir otro lugar donde meterla, sí, pero al sacarla del apartamento no sabía a dónde llevarla y finalmente pensé que aquí nadie la encontraría. Como sabía que los dos sirvientes tenían su día libre, pues me decidí...
—Pero el golpe en la cabeza no hizo volver atrás a Bill Jagger —dijo Margaretta.
—No. Había visto la mano... Claro, como buen detective no iba a quedarse con el gusanillo de la curiosidad. Yo no sabía entonces que fuera detective, pero comprendí que si había visto la mano no se iría de allí sin notificar el hecho. Por eso —prosiguió diciendo Leonard mientras estuvo sin conocimiento— desenterré a Julie y la metí en el coche de Judith. Luego me cambié de ropa y me hice pasar por Davina... Incluso le invité a pasar la noche...
—¿Con qué intención exactamente?
—Puesto que se metía en nuestras vidas, Davina debía volver a aparecer...
—Pero, dime, ¿por qué eras Davina cuando atacaste a Julie? Si ella iba a morir, si no iba a poder decir a quién había visto...
—Antes de que consiguiera matarla, podía intervenir alguien. En ese caso, no me interesaba que pudiera decir que quien la había atacado era Leonard, el mejor amigo de Oswald... Prefería que dijera que era Davina, la esposa de Roger de Andrewstton...
—Comprendo, querías asegurarte la retirada.
—Sí. Y procedí del mismo modo con Walter Moore. Por si acaso preferí que fuera Davina quien atacara...
—Oye, Leonard, ¿estás seguro de que al hablar con Bill Jagger, luego de haberle golpeado en la cabeza, tu voz salió con las debidas inflexiones? Ya sé que cuando quieres consigues modular, suavizar increíblemente la voz... Lo consigues tan plenamente que no pareces tú... Si, ya lo sé... Aun así, me preocupa que...
—Por favor, no sigas preocupándote por Bill Jagger. Ya te lo he dicho, está muerto.
—Por cierto, Leonard... —empezó a decir.
—¿Qué?
—Gracias por hacerlo todo tú. Lo justo hubiera sido —convino— que la parte de Davina me correspondiera a mí.
—A mí no me falta nunca la serenidad ni me fallan nunca los nervios.

Tú, quizá, lo hubieras echado todo a rodar.
—Es posible.
—Tu trabajo consistirá solamente... —le recordó—, en dar un empujón a Oswald. El .ventanal se romperá y él caerá al vacío, al abismo.
—¿Y luego? —preguntó Margaretta—. ¿Qué dirá la policía cuando vea que Oswald está muerto y que sus ojos llevan lentillas?
—Cuando nos hagan saber lo de las lentillas, tanto tú como yo nos haremos los asombrados, los perplejos. Como los demás, ni más ni menos. En cuanto a su caída, tú dirás que se fue solo al ventanal y...
—¿Y cuando me digan que no estaba arruinado, cómo debo reaccionar entonces?
—Te echas a llorar, y nadie sabrá si es de pena, de emoción, de alegría o de qué. Y en fin, que el mundo será ya nuestro. ¡Habrá caído en nuestras manos una fortuna cuantiosa!

CAPITULO VII

Se reunieron en el comedor a la hora de desayunar. Un poco antes de lo habitual.

Pero no estaban todos.

Faltaba Bill Jagger.

Vera no hacía más que mirar hacia la puerta, esperando verle aparecer.

Pero Bill no aparecía.

—Es extraño que siga durmiendo —comentó finalmente la muchacha— . ¿Le pasará algo malo...?

—¿Qué va a pasarle? —preguntó Judith. Pero ella misma, recordando lo sucedido a Walter Moore, se respondió—: Sí, claro, tal vez le haya pasado algo...

Seguía la tormenta. Daba la sensación de que aquello fuera cosa de diablos, que no fuera a acabar nunca.

—¿Y si llamara a su habitación? —sugirió respetuosamente el viejo mayordomo. —Sí, vaya —dijo Oswald.

Pocos minutos después el mayordomo había de presentarse nuevamente ante ellos, diciendo:

—El señor Jagger no está en su dormitorio.

—¿Cómo...? —se inquietó Vera—. ¿No está en su dormitorio...? —y de puro nerviosa echó atrás la silla y se levantó.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Judith—. No es razonable suponer que se haya ido sin despedirse...

—Por descontado que no —repuso Oswald—. Además, que estaba empeñado en esclarecer los motivos de esas muertes...

—¿Le habrá sucedido como a Walter...? —Judith también se levantó de la mesa. —¡Oh, no! —exclamó Vera.

En aquel momento todos se volvieron hacia la puerta. Alguien se había detenido allí, en el mismo dintel.

Era Bill Jagger.

Alto, atlético, se dejó ver dominando la situación con su prestancia. Vestía el traje con el que llegó, ya limpio y planchado.

—Buenos días —saludó a todos, y les miró uno a uno, sin olvidarse de ninguno. Sin olvidarse, por descontado, de Leonard. En realidad le miró a él más que a los demás. Las condiciones físicas de Leonard eran las únicas que se ajustaban a las de su desconocido adversario. Aunque ese detalle no era suficiente para poder asegurar que se tratara de él. Claro que no. Cualquiera podía haber sido. No tenía que ser forzosamente uno de los que se hallaban allí.

Les miró queriendo ver quién de ellos, con su sorpresa, con su desconocimiento, se delataba.

Porque si alguno de los presentes sabía, o creía saber, que él estaba

muerto, lo lógico era suponer que no atinara a controlarse...
Pero Bill se dio cuenta de que ninguno se delataba con su actitud. Ni siquiera Leonard. O mejor dicho, Leonard menos que nadie.
—¿Veis...? —le oyó decir, sonriendo—: No le ha pasado nada.
—¡Oh, qué susto nos hemos llevado! —exclamó Vera, casi llorosa.
—Yo también estaba asustada —dijo Judith.
—Nos alegramos de que se encuentre bien —aseguró Oswald—. Ande, venga y desayune.
Fue Margaretta quien, tras unos instantes de lucha enconadamente por no traslucir la perturbación experimentada, se puso pálida, muy pálida. Tanto que no tardó en oír cómo Bill Jagger le preguntaba.
—¿No se encuentra bien? Se ha puesto blanca como el papel.
—Me duele la cabeza —dijo Margaretta — . Debe ser el tiempo.
Bill se sentó en la mesa y se sirvió café. Café sin azúcar.
—Esta noche he tenido un sueño extraño... —comentó.
—¿Sí? —inquirió Judith, que había vuelto a sentarse.
Vera también lo había hecho.
—Sí —contestó Bill — . Yo perseguía a un hombre que llevaba un impermeable oscuro y un sombrero calado hasta las orejas... Algo me decía que era el asesino de Julie y de Walter Moore... Le perseguía bajo la lluvia torrencial... Al alcanzarle, hemos peleado a puñetazo limpio y el hombre, que llevaba una pistola, ha acabado disparándome en el pecho, en medio del corazón... Pero yo estaba preparado para recibir la bala... Cosas de los sueños... Yo llevaba, no solo chaleco antibalas, sino un compartimiento que contenía un líquido rojo... Así que. el hombre, al ver la mancha roja en mi camisa, me ha dado por muerto... Y por muerto me ha tenido hasta verme aparecer de nuevo...
—Un curioso sueño —comentó Leonard, demostrando, evidentemente, un absoluto dominio sobre sus nervios.
—¿Lo encuentra realmente curioso? —la mirada de Bill Jagger traspasó a su interlocutor como auténtico rayos X—. Pero ha sido una pena que el hombre, en mi sueño, no se inclinara sobre mí para asegurarse de que estaba muerto... Yo le esperaba a punto de coger una piedra... Así que se hubiera inclinado sobre mí, le habría dado en medio del cráneo con tanta fuerza que habría caído redondo... Sin embargo, el hombre ha retrocedido privándome de esa oportunidad que yo esperaba tener... He podido, claro, lanzarme de nuevo en su persecución... He podido hacerlo porque no estaba muerto, ni siquiera, herido... Pero finalmente he optado por dejar que creyera que me había matado... Al día siguiente me plantaría de pronto ante él, y él, acusando su sorpresa, se delataría... Al menos yo lo suponía así... En fin, ha sido sólo un sueño.
—Lo importante es que no le haya sucedido nada malo —dijo Oswald — . ¿Verdad, Margaretta?

—Si, claro —asintió la llamativa e insinuante muchacha—. Eso es lo importante.
—Por cierto —terció Bill—, he visto que hay un abismo por el otro lado de la mansión. No esperaba que el terreno, por allí, cediera de un modo tan súbito y accidentado. Por la parte de delante la mansión parece hallarse en un llano.
—Y lo está —dijo Oswald — . En realidad ese abismo no es más que un enorme agujero que mandó hacer mi antepasado Maximiliano Andrewstton, el loco...
—¿El loco? —inquirió Bill.
—Se asegura que estaba mal de la cabeza. ¿No le ha visto en la galería de cuadros?
—¿Y para qué quiso hacer ese abismo? —preguntó Bill—, Debió costar muchos meses de trabajo.
—Supongo que sí, y más en aquellos tiempos. Creo que fue alrededor del año 1799 — repuso Oswald — . Pero nadie llegó a saber nunca para qué mando hacer una cosa así.
Era la primera vez que Bill Jagger oía hablar de Maximiliano Andrewstton. Aunque, en efecto, en la galería estaba su cuadro. Recordaba perfectamente haber reparado en un hombre alto, de gesto brutal, de ojos desquiciados.
Después del desayuno, Judith salió del comedor. Fue la primera en hacerlo.
Por lo que respecta a Leonard, se sirvió una copa, encendió un cigarrillo y se fue a la biblioteca. Allí cogió un libro y se puso a leer.
Una media hora más tarde, aproximadamente, se le reunió Margaretta. —No conseguiste matarle... No conseguiste matarle... —le dijo y le repitió ella, muy agitada — : ¡Ha sido espantoso verle aparecer de pronto!
—No ha sido agradable —reconoció Leonard—, Debo reconocer que me ha gastado toda una jugarreta. Pero no sabe que fui yo quien peleó con él. Así que, como no lo sabe... —¿Estás seguro de que no lo sabe?
—Puede imaginárselo, pero de ahí no pueden pasar sus sospechas. Así que, tú tranquila, como si tal cosa. Debes controlarte.
—Lo estoy intentando con todas mis fuerzas.
—Pero te has puesto pálida, muy pálida. Bill Jagger se ha dado cuenta.
—Entonces, ¿debe desconfiar de mí?
—No tiene por qué desconfiar de ti, ni de mí. En consecuencia, todo sigue igual, no ha pasado nada. Y ahora, es mejor que no nos vean hablando a solas. Y por favor, cariño — insistió—, tranquila, tranquila...
—De acuerdo, Leonard.

* * *

Bill Jagger se dirigió hacia las dependencias de la servidumbre. Allí encontró al viejo mayordomo.
—Tome, y gracias por el traje, ha quedado muy bien —dicho esto le entregó varios billetes.
Era mucho dinero. Demasiado dinero para ser una simple propina, y el sirviente lo comprendió así.
—Bueno —añadió Bill—, la verdad es que me gustaría hacerle un par de preguntas. —Todas las que desee, señor.
—Dígame, ¿conoce usted a un hombre alto, fuerte, conocido de Leonard, el amigo del señor Andrewstton?
—No, no señor.
—Ayer por la noche, desde la ventana de mi dormitorio, vi pasar a un hombre de esas características físicas. Pensé que quizá usted pudiera decirme quién era.
—Ni idea, señor. Por lo demás, me extraña lo que me ha dicho. Hasta llegar a la localidad de Waldenmassey no hay otra vivienda que ésta. ¿Quién iba, pues en una noche de tormenta, con una lluvia tan torrencial...?
—Eso es lo que a mí me gustaría saber. Pero, bueno, bien mirado no tiene demasiada importancia.
—Lamento no poder informarle, sé que es usted detective y que está intentando esclarecer el misterio de esas dos muertes... Sin embargo, quizá le sirva de algo saber que... —se detuvo, no muy convencido de si debía o no proseguir.
Pero vio los billetes en sus manos y debió pensar que algo tenía que hacer o decir para ganárselos debidamente. Además, que si decía todo lo que sabía quizá le cayeran algunos billetes más.
—Prosiga... prosiga... —Bill le animó a hacerlo, a no quedarse a medias.
—El señor Andrewstton, mi señor, no está como parece —dijo el mayordomo—. Oh, por favor, que él no se entere de que se lo he dicho. Yo lo sé por casualidad, ¿sabe? Oí cómo hablaba con su amigo, el señor Leonard...
—Explíquelo mejor, se lo ruego —y para que nada le detuviera puso unos nuevos billetes en manos, del sirviente.
—Mi señor no está ciego.
—¿Cómo...? ¿Que no está ciego...? —inquirió Bill.
—No.
Seguidamente le explicó los motivos que habían inducido a su señor, Oswald de Andrewstton, a representar esa comedia, esa ficción.
—Y la idea se la sugirió su amigo Leonard... Me ha dicho eso,

¿verdad?
—Sí, es su mejor amigo y desea que al casarse lo haga con una mujer que sea digna de él. Sin embargo...
—Dígame.
—Ha habido dos muertes —repuso el sirviente—, nada de lo sucedido está claro y yo temo por mi señor, que lleva lentillas para fingirse ciego, y prácticamente es lo mismo que un ciego mientras no se las quite... Temo que..., que...
—¿Qué teme en realidad?
—No sé decírselo, señor. Pero temo algo, de ello que haya decidido a contárselo todo a usted. Bueno —reconoció—, también lo he hecho porque ha sido usted muy generoso conmigo... ¿Puedo servirle en algo más?
—Sólo en una cosa, y es por simple curiosidad. ¿Qué sabe usted de Maximiliano Andrewstton, el loco...?
—En su vida no hizo nada que fuera normal. Todo fueron excentricidades, cosas raras.
—Como construir ese abismo en la parte de atrás de la mansión, ¿no es eso?
—E instalar instrumentos de tortura, o cosas parecidas, en el sótano.
—¿Instrumentos de tortura? —preguntó Bill Jagger.
—Sí, en el sótano hizo instalar los tormentos más escalofriantes. De sus tiempos, de tiempos pasados... Como si deseara condenar a alguien a sufrirlos... Pero, claro, nunca nadie fue a parar allí... Bueno, esto es lo que se asegura... Cualquiera sabe la verdad... ¡Hace ya tanto de eso! Lo que no comprendo —agregó el viejo sirviente— es cómo a través de los años no los han quitado...
—¿Quiere decir que esos tormentos siguen donde Maximiliano Andrewstton los dejó colocados?
—Sí.
—Por favor, ¿le molestaría enseñarme el sótano? No se preocupe, nadie va a enterarse, ni yo voy a decirlo.
—El sótano es también la bodega —dijo el sirviente—. Si nos encuentran allí diremos que le estaba enseñando los vinos.

* * *

Bill Jagger echó un vistazo al sótano a través del ventanuco que vio al poco de empezar a descender aquella escalera.
Ya abajo, abrieron la puerta del sótano y entraron.
En primer lugar estaba instalada la bodega. No excesivamente abundante, pero aún bastante bien surtida.
Era en la pieza contigua, amplísima, donde se hallaban colocadas las máquinas de tortura.

Lo que primero llamó la atención de Bill fue una rueda. No precisamente de carro, ni de molino, la cosa no iba por lo romántico. Era una rueda de esas ruedas, tétricas, diabólicas, que todos hemos visto en películas. El condenado es colocado allí, sujeto por los tobillos, los brazos en alto, éstos amarrados a su vez por las muñecas. Luego se va accionando gradualmente una manivela y los miembros se van estirando más y más, cada vez más, hasta que el condenado confiesa cuanto sabe o acaba muriendo despedazado.
También había allí un tablero de madera y en lo alto una cuchilla triangular. La misión de la cuchilla, al descender por dos guías verticales, era caer sobre el cuello del reo, seccionando su cabeza del tronco. Se trataba, claro está, de una guillotina. Lo mismo que si aún estuviéramos en plena Revolución francesa.
Había también una enorme parrilla, ésta asentada en cuatro cortas patas sobre gruesa plancha de hierro. Era fácil deducir para qué servía. No precisamente para asar chuletas de cordero.
Había por allí, asimismo, otros sutiles y crueles instrumentos de tortura.
Para ir aplastando la cabeza poco a poco...
Para hacer andar al reo por una lámina cubierta de púas de clavos...
Y por las paredes, látigos. De muy distinta índole y variedad. Destacaba el látigo compuesto de cadenas, con bolas de hierro a sus extremos.
—Francamente —opinó Bill cuando hubo concluido de fijarse en todo aquello—, Maximiliano Andrewstton no debía estar muy bien de la cabeza. Prefiero esa otra parte del sótano —añadió sonriendo, e indicando la bodega.
—Yo también, señor —fue la respuesta del sirviente—. Y no me crea ningún borracho, señor, pero un buen vino gusta al paladar de cualquiera.

CAPITULO VIII

El rostro de Judith se descompuso, se desencajó en una torcida mueca de horror, de espanto, cuando comprendió que el guapo Leonard iba a matarla.
Le había abierto la puerta de su habitación sin recelar nada. Estaba convencida de que Leonard la deseaba, pero la verdad es que sus sospechas no iban más allá.
Leonard, en efecto, había empezado acariciándola. Como hace un hombre que desea conquistar a una mujer.
Pero Judith comprendió que no se trataba de llevarla a la cama, sino al otro mundo, cuando vio la expresión de sus ojos.
—¿Qué pretendes...? No, por favor... —gimió y suplicó a un mismo tiempo.
Las manos de Leonard, que habían acariciado sus senos, habían ascendido y acababan de detenerse en su garganta. Eran los suyos unos dedos que empezaban a apretar.
—Yo no te he hecho ningún daño —murmuró Judith, sintiendo cómo el miedo culebreaba por todo su cuerpo.
—Estás sospechando la verdad —dijo Leonard.
—No, yo no sospecho nada —contestó Judith—. ¿De qué voy a sospechar?
Pero a Leonard se le había metido en la cabeza que podía ser un grave riesgo para él, y para Margaretta, para ambos, que Judith siguiera con vida.
—Tengo que acabar contigo, ahora mismo. Ya no llueve... Debo hacerlo antes de que te vayas.
—Pero ¿por qué? ¿Por qué...? —y lo cierto es que quería gritar.
Sin embargo, no podía hacerlo, estaba como petrificada. El horror, el espanto, le impedían reaccionar.
—Me estorbas —dijo Leonard de un modo siniestro.
De súbito, el terror explotó dentro de Judith y arrancó, y arrastró un grito desde su encogido estómago hasta su temblorosa garganta.
Pero el grito no pasó de ahí. No pudo pasar. Los dedos apretaban ya con una fuerza espantosa.
Se rebeló, pero inútilmente, y Leonard la llevó hacia el lecho y allí la echó de espaldas, mientras los dedos de sus manos, inexorables, seguían apretando más y más.
A Judith empezó a faltarle el aire, mientras sentía que le latían desaforadamente las sienes y mientras sentía, asimismo, como si se le estuviera hinchando la cabeza. Las manos seguían apretando. No iba a haber piedad. Ni poca ni mucha. Ninguna.
Judith se convulsionó, dominada tal vez por una pavorosa sensación de muerte. O quizá, simplemente, porque se estaba ahogando. Ya no

podía más.
Notó muy gruesa la lengua. Tan gruesa que ya no le cabía en la boca. De eso, sin duda, que empezaba a sacarla.
Los dedos seguían apretando con todas sus fuerzas. Se hundían en su carne, ahora de color morado.
Judith agitó brazos y piernas espasmódicamente. Sobre todo las piernas. Parecía estar dando patadas.
Aquello era el final. Tenía que serlo.
De pronto se quedó quieta.
Quieta para siempre.

* * *

Ante el nuevo asesinato el inspector de policía se personó otra vez en la mansión. Desde luego, sin pistas, sin saber de quién sospechar.
—Pues mientras averigua quién es el asesino y lo manda detener —le dijo Leonard, con una naturalidad increíble—, el señor Andrewstton y yo quedamos a su disposición en... — le indicó la dirección de su pequeño apartamento en Londres—, Como comprenderá, no vamos a seguir aquí mientras vamos cayendo asesinados uno tras otro por un loco que sin duda se ha escapado del manicomio. Un loco —repitió—, ¡que no sé cómo se las arregla para entrar en esta mansión! Averígüelo usted, inspector. A usted le corresponde hacerlo.
El inspector no tuvo nada que objetar y asintió. Luego se dirigió a Bill Jagger, a Vera y a Margaretta.
—¿Y ustedes...? —inquirió.
—Nos vamos también, claro está —dijo Bill—. Por lo que a mí respecta, yo estoy aquí por casualidad. La tormenta me cogió de camino y me detuve para pedir cobijo por una noche.
—Yo había venido simplemente de visita —repuso Vera.
—Yo soy la prometida del señor Andrewstton —señaló Margaretta—. Volveré aquí de casada.
—Mientras tanto, detenga o aleje del lugar al loco ese... —apuntó Leonard.
—Déjenme sus respectivas direcciones —subrayó el inspector.
Eso fue todo.
Quedaron en disposición, pues, de irse de allí así que lo desearan.
—¿De veras insistes en que vaya contigo a tu apartamento? — preguntó Oswald.
—Claro que sí —dijo Leonard — . Al menos hasta que te cases. Incluso después, yo te aconsejaría buscar otro lugar...
—Cuando nos casemos regresaremos aquí —repuso Oswald — . El asesino habrá sido ya detenido y habrá huido a alguna otra parte, y no tendremos ya porque temerle. Por lo demás —puntualizó—, no puedo

ir a otra parte. Esta vieja mansión es lo único que me queda.
Cuando ya iban a ponerse el volante de sus respectivos coches, Bill Jagger detuvo a Vera cogiéndola por un brazo y diciéndole:
—Espero volver a verte.
—Yo también lo espero —le sonrió la muchacha.
—Antes de separarnos —añadió Bill—, quiero que sepas algo.
—Dime.
—Si llegué aquí no fue por casualidad. Eso de la tormenta me pilló a medio camino, no ha sido más que un decir, un cubrir las apariencias.
—¿Si... ?
—Vine contratado por los padres de Julie —le hizo saber—. La muchacha había desaparecido del modo más incomprensible y estaban seriamente preocupados. Como sea que antes de desaparecer había ido a visitar a su primo Oswald, pues yo pensé que esta mansión podía ser un buen lugar de partida para mis investigaciones.
—Gracias por decírmelo —a Vera le había llenado de satisfacción que Bill la hiciera partícipe de tal confidencia. Pero sabiendo eso, la siguiente pregunta se hizo inevitable— : Y bien, ¿has conseguido averiguar algo?
—Sospecho de alguien —contestó Bill.
Desde luego sospechaba de Leonard. Del mejor amigo de Oswald de Andrewstton. —¿De quién... ?
—He de cazarle, he de desenmascararle —contestó—. Mientras no lo consiga...

CAPITULO IX

Habían transcurrido unos quince días y Vera no había vuelto a saber de Bill Jagger.
Se sentía desilusionada, hubiera asegurado que le había caído simpática. Y hubiera jurado que iba a encontrarle de nuevo, a no tardar. Cualquier excusa, sin duda, sería buena para que el alto y varonil detective se le pusiera delante.
Pero se había equivocado.
Y la prueba estaba en que había transcurrido más de quince días y lo mismo que si la tierra se lo hubiera tragado.
Vera pensó que quizá no volvería a verlo. Podía ser ella la que buscara su dirección en la guía telefónica y la que fuera a su encuentro, claro. Pero no, hacer eso no la seducía. Era una chica de ideas clásicas. El primer paso debía darlo él.
Así estaban las cosas cuando un mediodía, al salir de la peluquería, Vera se encontró con una amiga. Esta había de comunicarle.
—Hoy se ha casado Oswald.
—¿Cómo, tan pronto...? —se sorprendió.
Le sorprendió también, por descontado, que ella no hubiera sido invitada a la ceremonia.
—Ha sido una boda en la más rigurosa intimidad —le dijo su amiga —. Sólo han estado presentes los testigos. Uno de ellos ha sido Leonard.
—No me extraña, siempre ha sido su mejor amigo —repuso Vera.
—Lo que a mí me extraña —opinó la amiga—, es que Margaretta se haya casado con Oswald. Ahora ya no es rico y además está ciego. En cuanto a Margaretta, es tan llamativa e insinuante... Hubiera podido casarse con quien quisiera, o poco menos. No, no me digas que debe haberse enamorado de Oswald. Eso yo no me lo creo.
Estaban detenidas en la acera. Era una concurrida calle.
Y un coche se detuvo de pronto no muy lejos de ellas. Lo hizo con un estridente frenazo.
—¡Vera! ¡Vera! —llamó una voz varonil.
—¿Quién es ése...? —le preguntó la amiga reparando en Bill, que acababa de abrir con rapidez la portezuela de su coche.
—Un amigo.
—Pues no está nada mal, ¿eh? —bromeó la amiga — . Bueno, te dejo en tan agradable compañía, no quiero estorbarte. Si te cansas de él avísame.
—No es fácil que me canse —contestó Vera con gesto pícaro.
Seguidamente se fue hacia el coche, saludando sonriente al detective.
—Hola.
—Sube —le dijo él, sin más—. Sube en seguida.

—¿Tanta prisa tienes? —pero le había obedecido y ya había tomado asiento a su lado.
—Sí, es preciso que lleguemos a la localidad de Waldenmassey lo antes posible. Mejor dicho, a la mansión... ¿Sabes que Oswald se ha casado esta misma mañana?
—Sí —asintió Vera—, una amiga acaba de decírmelo.
—Pues se trata de llegar a la mansión antes de que lo hagan Oswald y Margaretta convertidos ya en marido y mujer. Bueno, antes no va a ser posible, ellos hace ya un buen rato que han salido hacia allí. Confiemos, sin embargo, en que Margaretta, que es la que conduce, no lo haga demasiado aprisa.
—Pero ¿qué es lo que pasa? Por lo visto pasa algo.
—He averiguado lo que quería. Ahora ya estoy al final de toda esta historia.
—¿De veras?
—Tan convencido estoy de ello que he telefoneado al inspector de policía. Se reunirá con nosotros en la mansión. Allí se aclarará todo el asunto. ¡A ver si tenemos suerte y llegamos a tiempo! —le había dado ya al acelerador.
Y el coche se disparó hacia adelante.

* * *

Margaretta conducía.
—Falta ya muy poco por llegar, querido —dijo con voz suave, melodiosa.
—Soy feliz, muy feliz —contestó Oswald — . Lo soy tanto que casi no acierto a creer que todo esto sea auténtico. ¡Que me ame a mí, que físicamente valgo tan poco, una muchacha tan atractiva como tú! Si fuera rico podría ser por mi dinero. Pero estoy arruinado, tú lo sabes y...
—Y no me importa —aseguró Margaretta—, Te amo por ti mismo.
—Esto que dices suena a música maravillosa. Oye, Margaretta —terció seguidamente—, ¿no te arrepientes de haberme pedido que diera unos días de permiso a mis dos sirvientes?
—Claro que no.
—Pues va a tocarte cocinar para mí.
—Será un placer, querido. No lo hago muy bien, pero me afanaré por complacerte. Ya me dirás después cuáles son tus platos favoritos.
—Viniendo de tus manos —aseguró Oswald—, lo que sea me parecerá el mejor manjar del mundo.
—Eres muy bueno.
—La buena eres tú, Margaretta. ¡Nunca podré pagarte debidamente el amor y el desinterés que me demuestras!

El coche estaba llegando ya a la mansión.
—No te asusta volver por aquí, ¿verdad, querida? —preguntó Oswald —. Aunque, claro, después de esas muertes.
—Olvidemos todo lo sucedido, por favor. Nos hemos casado y vamos a ser muy dichosos. Oswald de Andrewstton seguía llevando puestas las lentillas. Se lo había dicho y repetido a su amigo Leonard, quería dar a Margaretta la grata noticia de que no estaba ciego cuando estuvieran ya en el dormitorio conyugal. También entonces le diría que seguía siendo tan rico como siempre.

CAPITULO X

Margaretta se empeñó en ir a la galería de cuadros.
Un deseo que a Oswald le desagradó, al menos a juzgar por el entrecejo que ensombreció su frente.
—Me gustaría ver otra vez el cuadro de Davina —le dijo ella.
—¿Y eso para qué...? —preguntó Oswald, y seguía su entrecejo.
—Después de lo mal que hemos pensado de ella durante estos últimos días —repuso Margaretta—, no creo que esté de más acercarnos a su cuadro y pedirle perdón.
—Para pedirle perdón —manifestó Oswald—, antes tendríamos que estar seguros de que no fue ella quien...
—¡Pues claro que no! —exclamó Margaretta — . Eso de la garra fue un truco de alguien para asustarnos, para llenarnos de miedo. Sin duda ese alguien oyó referir la leyenda de Davina y... Cuando el inspector detenga al verdadero asesino, ya verás cómo sólo se tratará de un loco...
—Eso es lo que también dice Leonard. Posiblemente tengáis razón.
Oswald accedió finalmente a la petición de Margaretta, y unos minutos después estaban allí, en la larga galería de cuadros.
Oswald se cogía del brazo de ella, la iba siguiendo. Margaretta le hacía de lazarillo.
—Aquí está Davina —dijo Margaretta deteniéndose—. Bueno, ahora que ya la he visto seguimos adelante. Nos espera la noche de bodas, querido.
—Sí, Margaretta... sí... —musitó Oswald con tono emocionado.
Pero apenas hubieron recorrido unos cuantos metros más, Margaretta se detuvo de nuevo. Esta vez de un modo un tanto brusco.
—¿Por qué nos paramos? —preguntó Oswald—, ¿Sucede algo...?
Estaban junto al ventanal. Muy cerca de aquel lugar donde el marco se hallaba astillado, roto.
—¿Sucede algo...? —insistió Oswald.
Margaretta se dispuso a responderle. Pero no con palabras, sino dándole un violento empujón. Hacía rato que estaba acumulando fuerzas. No, no le faltarían en el último momento.
Pero en aquel preciso instante sucedió lo que Margaretta menos podía esperarse. Algo tan increíble, tan insólito, tan inaudito, que abrió la boca y se quedó sin atinar a cerrarla.
¡Oswald la estaba mirando! ¡No, no llevaba lentillas como ella había supuesto y como él había pretendido hacerla creer!
Y no sólo eso. La miraba con una expresión que ponía los pelos de punta.
¡Era una expresión tan perversa, que llegaba a lo aterrador, alcanzaba lo alucinante y se fundía en lo sobrecogedor y monstruoso!

—Me he quitado las lentillas —dijo Oswald—. Ahora te veo perfectamente... No va a resultarte sencillo tirarme al vacio...
—¿Cómo...? ¿Qué dices...? —y la sorpresa, la perplejidad, le dejaron los pies clavados en el suelo.
—Por tu parte, y por la de Leonard, todo ha sido un juego diabólico. Esperabais que me creyera esa novelita rosa, ¿eh? —y Oswald se rió —. Pues entérate, Margaretta, he sido yo quien en verdad ha estado jugando con los dos...
—No te entiendo... De veras que no te entiendo —y como seguía viendo en los ojos de Oswald la misma expresión, su pánico se hizo tan vivo que el frío de la muerte empezó a recorrer de arriba abajo su espina dorsal.
—Me entiendo yo, y esto es suficiente —repuso Oswald. Y sin más dio un paso adelante y le propinó a Margaretta un empujón violentísimo.
En dirección al ventanal.
Exactamente hacia el marco astillado, roto. Lo que ella pensaba hacer con él. él acababa de hacerlo con ella.
Ante el impulso del golpe recibido, el ventanal cedió, los cristales se rompieron y el cuerpo de Margaretta, tras oscilar de un modo casi grotesco, se fue hacia atrás y cayó al vacío.
Margaretta lanzó un grito cuajado de angustia y terror. Un grito espeluznante. El más agudo y desgarrador que un ser humano pueda lanzar en su vida.
Cuando el grito cesó, su cuerpo se había estrellado ya de un modo realmente
escalofriante, y había quedado roto, desarticulado e inmóvil en el fondo del abismo.
Desde la galería de cuadros, Oswald miró hacia abajo.
Había acabado ya con Margaretta. Finalmente lo había conseguido.
Pero, ¿qué es lo que veía...?
Margaretta aún se movía.
Y si se movía es que aún no estaba muerta.
No se lo pensó mucho. Giró sobre sus talones y salió de la galería de cuadros. Se dirigió rápidamente hacia el sótano.
Allí había una pequeña puerta, por la que se salía a un terraplén desde el cual se podía descender con bastante facilidad al fondo del abismo. Si es que abismo se podía llamar ciertamente a aquel enorme agujero que había mandado hacer Maximiliano de Andrewstton, el loco.
Oswald descendió por el terraplén sin necesidad de tomar excesivas precauciones. Conocía aquello. Además, era pleno día y el cielo estaba claro. Incluso brillaba el sol. Ya junto a Margaretta pudo percatarse de que, efectivamente, la muchacha aún vivía. ¿Cómo era posible habiendo caído de semejante altura? No había explicación.

Pero seguía viva y esto resultaba evidente. Y él no podía quedarse indeciso, vacilante, esperando que muriera.
Se echó hacia ella.
Entonces Margaretta entreabrió los ojos y gimió. Gimió angustiosamente, dolorosamente.
Sin compadecerse lo más mínimo, Oswald siguió agachándose hacia ella y la alzó en sus brazos.
Debía tener rotos por lo menos media docena de huesos, porque cuando la movió de sitio empezó a lanzar ayes de dolor, de insoportable y lacerante dolor.
—¿Para qué me has recogido...? —le preguntó Margaretta al ver que le subía en brazos por el terraplén—. ¿Qué pretendes?
Oswald era bajo y gordo, pero tenía fuerzas. Bien lo estaba demostrando en aquel momento.
—Debo llevarte a la galería de cuadros —le respondió Oswald—. Debo arrojarte de nuevo por el ventanal.
—¿Qué...? ¿Quéeee...? ¿Quéeeeee...? —y Margaretta creía haber caído en poder del mismísimo demonio.
—Debo hacerlo —dijo Oswald—. Cuando te practiquen la autopsia, ésta debe indicar solamente que la muerte fue provocada por los golpes ocasionados en la caída... Cualquier otro golpe, dado de forma indebida, podría igualmente matarte. así, pero sin duda me comprometería...
—No hagas eso, Oswald... —se lo suplicó encarecidamente entre sus angustiosos gritos de dolor—. Yo he sido mala, pero no me merezco hasta tal extremo que...
—Te lo mereces o no, volveré a arrojarte por el ventanal...
Al verse en la galería de cuadros, Margaretta quiso rebelarse. Pero ¿qué podía hacer, si ni siquiera podía moverse? Sin duda tenía rotos los brazos, y las piernas, y posiblemente la columna vertebral.
Oswald no había de vacilar.
Se acercó al ventanal y la lanzó de nuevo al vacío.
Margaretta, aunque medio muerta ya, gritó de nuevo.
Instantes después, desde su lugar de observación, Oswald se dio cuenta de que Margaretta, en el fondo del abismo, ya no se movía.
Esta vez sí había acabado con ella.
Para siempre.
Oswald hubiera lanzado un suspiro de verdadero alivio, pero no lo hizo. Alguien se acercaba.
Se escondió tras la puerta de entrada a la galería y esperó.
Sabía que sería Leonard, no podía ser otro.
Leonard debía creer que todo había salido bien, que su plan se había desarrollado a su entera satisfacción. ¡Qué chasco iba a llevarse!
Desde luego, Leonard apareció convencido de que sería Margaretta

quien iba a recibirle. Pero no llegó a tiempo de darse cuenta de nada.
Apenas adelantó un paso en la galería de cuadros, la culata de una pistola cayó sobre su cráneo.
Se deslomó, perdió por completo el conocimiento.
Cuando volvió en sí, se vio en el interior del sótano. Oswald, arrastrándole, le había llevado hasta allí.
Y Leonard estaba ahora sujeto a la rueda. A esa rueda donde su correspondiente manivela, cuando era accionada, iba estirando los brazos y las piernas, todos los músculos del cuerpo, hasta que la desgraciada víctima decía todo lo que sabía o acababa totalmente destrozado.

* * *

—Inspector... —musitó por lo bajo Bill Jagger.
—Acabo de llegar —dijo el policía. Y acto seguido inquirió—: ¿Está seguro de lo que me ha dicho por teléfono?
—Sí —repuso Bill — . Aunque Leonard cometió esos crímenes, Oswald de Andrewstton es ahora quien quiere acabar con ellos dos... Con el propio Leonard y también con Margaretta...
—¿Qué le hace suponerlo así?
—Oswald está realmente arruinado. Hace ya mucho que perdió su fortuna en los casinos, en las salas de juego. Es Margaretta, ahora su esposa, la que es fabulosamente rica... De ello que Oswald se las haya ingeniado para... Pero todo eso se lo aclararé más adelante... Ahora debemos entrar en la mansión...
—¿Cómo conseguirlo? —preguntó Vera — : Las puertas deben estar cerradas.
—Hay ventanas —dijo Bill Jagger—. Si no podemos abrir alguna a las buenas, la abriremos a las malas.
—De acuerdo —asintió el inspector.
Un par de minutos después estaban ya en el interior de la vieja mansión. Donde no se oía nada. Donde todo era silencio. De momento al menos.
—Vayamos al sótano —repuso Bill Jagger—. Allí deben estar.

CAPITULO XI

—¿Qué estás haciendo conmigo...? —el estupor, y también el miedo, o quizá el miedo y luego el estupor, hacían que el guapo Leonard temblara de pies a cabeza — : ¿Qué estás haciendo conmigo... ?
—De momento —dijo Oswald— voy a tenerte atado a la rueda. Imagino que debes sentir curiosidad por saber el por qué de este desenlace. Inesperado desenlace, ¿verdad?
Los brazos de Leonard se hallaban amarrados con grilletes, por las muñecas. Las piernas por los tobillos. No había forma de soltarse ni siquiera de moverse.
—Has dicho muchas veces que eras mi mejor amigo —repuso Oswald — y lo cierto es que sólo pretendías, en complicidad con Margaretta, quedarte con todo mi dinero... Pero debes saber algo importante, yo jamás te he considerado mi mejor amigo, ni siquiera el peor... ¡Yo te he odiado siempre, siempre! —Se exaltó al decir esto—. ¿Quieres saber por qué...? Pues porque tú eres como yo hubiera deseado ser... Alto, elegante, atractivo... La envidia me ha estado devorando.
—Tú naciste dueño de una gran fortuna —dijo Leonard— mientras yo nací pobre. No has tenido por qué envidiarme.
—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Oswald — . A ti todas las mujeres te iban detrás. De mí se reían, a mis espaldas... Lo único que les interesaba era mi dinero. ¡Pues vale más que te lo diga de una vez! Hace ya tiempo que estoy arruinado. Los préstamos, las hipotecas, han ido cayendo sobre mí y actualmente ya no tengo nada absolutamente mío, ni siquiera esta vieja mansión.
—¿Qué estás diciendo...? —y Leonard no había termina do de creer lo que había oído.
—Me he arruinado en las mesas de juego. El placer del juego se me ha metido en las venas como la más irresistible de las tentaciones. El acostarme con mujeres hermosas nunca me ha satisfecho totalmente... —ironizó— sin duda porque sabía que me aceptaban sólo por lo que les daba, nunca por mí mismo... Y sí, he acabado arruinado. Pero he sabido actuar y nadie se ha enterado.
—No, yo no lo sabía —murmuró Leonard.
—De ello que tú y Margaretta organizarais este plan. No mal pensado, he de reconocerlo. Pero yo me había hecho otro plan, el cual, amparándose en el vuestro, había de acabar en una carambola a mi favor... Así que. cuando acepté tu sugerencia de hacer ver que me había arruinado y que me había quedado ciego, añadí por mi cuenta la idea de ponerme lentillas ... De este modo creeríais que estaba aún más en vuestras manos, cuando la realidad sería que vosotros estaríais en las mías...
Oswald se detuvo y Leonard no dijo nada a pesar de que seguía sin

entender el por qué exactamente de todo aquello.
Oswald prosiguió, y era indudablemente evidente que se regocijaba en sus explicaciones. Se regocijaba hasta tal extremo que todo aquello se había convertido para él en un verdadero festín.
—Si estaba enterado de vuestro engaño, de vuestra falsedad, parece ilógico que os siguiera la corriente... Esto es lo primero que pensaría cualquier persona. Pero a mí me interesaba tocar a vuestro mismo son, ya que yo necesitaba ese testamento recíproco... ¡Lo necesitaba más que nada! ¿Sabes por qué... ? Porque a estas horas el padre de Margaretta habrá muerto... Tenía una enfermedad incurable y el doctor apenas le dio vida para unas pocas semanas... ¿Que qué tiene que ver en esto el padre de Margaretta? Pues todo... Se fue a Africa y desde entonces nadie supo de él... Se fue con sueños de encontrar una mina de diamantes... ¡Y la encontró! Pero de eso hace poco, cuando ya estaba mortalmente enfermo... En conclusión, era tarde para él, pero no para la hija que había abandonado, así que se lo legó todo a ella... Yo me enteré de esta conmovedora historia de un modo casual y decidí sacarle tajada...
—Una mina de diamantes —musitó Leonard — . Una mina de diamantes...
—Así que vuestro plan me pareció perfecto, soto que yo, a su debido tiempo, me encargaría de que todo acabara de distinta manera —Oswald se reía de buena gana—. Porque si en lugar de echarme Margaretta a mí al vacío, la echaba yo a ella, sería yo quien la heredaría...
—¿Dónde está Margaretta? —preguntó de pronto Leonard, cayendo en la cuenta de que no la había visto en la galería de cuadros—. ¿Qué has hecho con ella?
—Se ha caído por el ventanal —dijo Oswald, sarcástico—. ¡Qué mala suerte he tenido! Se ve que se ha apoyado en el marco... Y como el marco estaba astillado, roto...
—La has empujado tú —estaba más claro que el agua y Leonard acababa de comprenderlo así.
—Y no tengo remordimientos, puedes creerme —de súbito se había puesto serio, terriblemente serio—. ¿No era lo que ella iba a hacer conmigo? Pues quedamos en paz.
—Y yo, ¿qué vida voy a llevar yo? —inquirió Leonard—, Me has colocado aquí como si... —no encontró valor para terminar la frase.
—¿Como si quisiera torturarte? ¿Ibas a decir eso? ¡Pues sí! —y Oswald volvió a reírse—. ¡Voy a torturarte hasta que a gritos me pidas morir! Davina nunca se lo pidió a su marido, pero tú me lo pedirás a mí. Bien mirado, hazte cargo, te mereces ese sufrimiento. Por lograr tus fines, tus propósitos, mataste a mi prima Julie, y a Walter Moore y a Judith...

—Sí, lo hice —confesó Leonard—, pero...
—Y estabas dispuesto a que yo también muriera —subrayó Oswald.
—No voy a intentar disculparme —dijo Leonard—, Pero tú has matado a Margaretta... En realidad somos tal para cual... Debes, pues, mostrarte indulgente conmigo y...
—No pienso ser indulgente. Te torturaré hasta que mueras. Luego haré desaparecer tu cadáver. Seguidamente iré en busca de la policía a explicar el accidente sufrido por Margaretta...
—¿Crees, acaso, que te creerán?
—¿No iban a creer a Margaretta? ¿Por qué no van, pues, a creerme a mí? De todos modos, no te preocupes, sabré desempeñar mi papel a la perfección. Y en fin, ahora que. ya lo sabes todo voy a empezar a mover esta manivela...
—No puedo creer que hables en serio... —pero sí lo creía y a Leonard le venció un pánico irrefrenable.
Oswald dio un cuarto de vuelta a aquella diabólica manivela, las correas accionaron la rueda y Leonard soltó un profundo quejido de dolor.
Eso no fue nada.
Volvió a accionar la manivela y Leonard profirió un grito. Tampoco eso fue nada.
Una nueva vuelta a la manivela y Leonard lanzó ya un alarido espantoso. Y tras éste, pues la manivela siguió moviéndose, otro alarido, y otro, y otro...
—Divertido, ¿eh? —se burló Oswald—. Lástima que no te vean ahora todas esas mujeres que te han amado. Seguro que ahora no les resultabas tan atractivo...
Para celebrar su victoria, Oswald se dirigió hacia la parte del sótano que era bodega. Y tras mirar en las botellas que permanecían alineadas en medio de polvo y telarañas, cogió una.
Al poco bebía, a morro. Un buen trago que le dio un calorcito muy agradable a su estómago.
—Suéltame, por favor... —suplicaba Leonard entre quejido, gritos y alaridos, que de todo salía de su garganta—. Suéltame, no diré nada. Me callaré...
Oswald seguía riendo, y seguía divirtiéndose horrores. Y también seguía bebiendo. Y lo hizo hasta ver que el contenido de la botella se había acabado.
Entonces decidió ir a buscar otra.
Pero antes de hacerlo daría media vuelta más a la manivela. Se dispuso a hacerlo. —¡Noooooo...! —gritó Leonard, sintiendo sus miembros desencajados, todo su cuerpo a punto de despedazarse de un momento a otro—. ¡Noooooo...!
—Sí, sí —dijo Oswald — . Al menos hasta que me pidas morir. Tal vez

entonces me apiade de ti y te pegue un tiro en la boca... Con un tiro en la boca dicen que uno muere en el acto... —pero seguía riéndose —. Ya veremos... Yo mientras tanto...
Tras mover la manivela, y mientras los gritos de Leonard, espantosos, horripilantes, retumbaban en el sótano. Oswald fue a buscar una nueva botella.
Sólo que, al ir a buscarla, no fue del todo recto. Dio un par de tumbos. Sin darse cuenta, con aquel vino de exquisita calidad se estaba emborrachando.
Cuando volvió junto a Leonard, que seguía gritando desesperadamente, Oswald tropezó con algo.
Miró hacia allí y vio que había tropezado con la guillotina.
—¿Hubieras preferido que te cortara la cabeza? —le preguntó Oswald.
—¡Sí! —exclamó Leonard—. ¡Cualquier cosa antes que este tormento horrendo,
insufrible!
—Si es tan insufrible, desmáyate... —se rió Oswald.

* * *

Oswald había destapado la nueva botella de vino y volvía a beber a morro.
Lo hacía a largos tragos, casi a borbotones.
Luego se frotó la boca con la manga de la camisa.
Al mirar de nuevo a Leonard reparó en que veía su imagen un tanto borrosa. Entonces comprendió que se había excedido, que había bebido demasiado.
Estrelló la botella contra lo primero que encontró a mano. Se trataba de no perder facultades. Las necesitaba íntegras.
En aquel momento oyó cómo se movía el pomo de la puerta del sótano. Alguien se disponía a entrar. Quedó envarado.
Creía estar solo. Creía estar actuando a sus anchas, sin trabas de ninguna clase.
Acababa de constatar que no era así, que alguien se estaba inmiscuyendo en sus
asuntos. Donde no cabían testigos. De lo contrario estaba perdido.
¿Quién podía ser la persona que...?
No tardó en saberlo.
La puerta se abrió y apareció Bill Jagger.
—No esperaba volver a verme, ¿verdad? —y el detective se plantó tan tranquilo ante él. Oswald sacó su pistola, apuntando al intruso, dispuesto a disparar a la más mínima pretensión de acercamiento.
Pero Bill fue rápido, tan rápido que ni una centella hubiera podido

serlo más.
De ello que Oswald, antes de darse cuenta, se viera demasiado. Había disparado un par de veces, pero sin dar en el blanco. Bill había esquivado astutamente la trayectoria de las balas.
Y ya sin ventajas a su favor, pues de la patada recibida la pistola había ido a parar a varios metros de distancia, Oswald se encontró teniendo que vérselas con un hombre que le aventajaba en más de palmo y medio de estatura y que, por músculos, por complexión, también rebasaba sus propias posibilidades de defensa.
A pesar de eso, Oswald no iba a darse por vencido tan fácilmente. Menos aún, puesto que creía que Bill había llegado solo. No sabía que allí cerca estaba también el inspector y un par de sus hombres.
Tenía que acabar con el detective. Aún estaba a tiempo de llevar a buen término todos sus planes. Valía la pena que lo intentara.
Cogió una barra de hierro que vio en el suelo. Podía servirle perfectamente.
Mientras tanto, Leonard había seguido gritando.
Pero de pronto dejó de hacerlo.
Oswald, atraído por su silencio, lo miró. Ante la postrada postura de su cuerpo y ante el gesto exhausto de su caída cabeza, supuso que se habría desmayado.
Pero Leonard estaba muerto. Así habían acabado todas sus ambiciones. Como habían acabado las ambiciones de Margaretta en el fondo del abismo.
—No conseguirás cogerme... —murmuró Oswald, y agarró aún más fuerte la barra de hierro.
—Se equivoca, le cogeré enseguida —dijo Bill—, Podría hacerlo sin arriesgarme lo más mínimo —le hizo saber— la verdad es que llevo pistola. Pero no considero necesario recurrir...
—¡Es usted un as... asque... asqueroso fanto... fantoche! —exclamó Oswald.
—Se le traba la lengua, ¿eh? —Bill iba avanzando poco a poco—. No me extraña. Ha bebido demasiado. Un error por su parte.
—Acérquese un poco más y le demostraré que mi borrachera no me priva de... — barbotó entre dientes.
Oswald había ido retrocediendo, de un modo instintivo, conforme Bill Jagger iba avanzando, así que, de súbito, tropezó con la guillotina.
Pero en esta ocasión tropezó de pleno, cayendo todo su cuerpo bajo la triangular cuchilla.
El vino acababa de hacerle una mala pasada. Pues si había tropezado y caído de un modo tan tonto, tan torpe, fue, simple y llanamente, porque se sentía mareado a causa de los vapores de la bebida.
Pero, bueno, se incorporaría, se pondría en pie de nuevo, atacaría con la barra de hierro al detective metomentodo y...

De súbito, con un chirrido estridente y macabro, la cuchilla descendió vertiginosamente por las dos guías verticales.
Descendió tan vertiginosamente que Oswald no iba a llegar a tiempo de salir de allí.
Con los ojos fuera de sus cuencas, expresando un repentino horror, un súbito pavor, se vio cazado. Inexorablemente cazado. Sintió cómo la sangre se le helaba en las venas.
La cuchilla estaba ya allí. De forma inapelable se iba a cobrar una nueva víctima.
Pero la triangular cuchilla no cazó a Oswald de Andrewstton por el cuello, sino por la mitad del cuerpo.
En un fatídico y espeluznante instante le dejó partido en dos.
Dos mitades que quedaron, cada una por su lado, moviéndose y agitándose convulsivamente.
Aunque, claro, no por mucho tiempo.
Primero se detuvieron las piernas y aquel trozo de cuerpo se inmovilizó totalmente.
Luego se detuvieron los brazos, que se habían movido grotescamente como si estuvieran intentando nadar, y también esta otra parte del cuerpo se inmovilizó totalmente.
La sangre lo había cubierto todo en una tétrica y escalofriante oleada.
La sangre lo había salpicado todo.
Los ojos de Oswald quedaron totalmente abiertos. También la boca. Aunque ésta, más que abierta, quedó desencajada.
—¡Oh. qué horror! —exclamó Vera al entrar en el sótano y ver lo que habla sucedido, y ocultó su rostro en el pecho de Bill Jagger.
—No mires... No mires... —le dijo él, pasándole un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí y llevándosela hacia la salida.

CAPITULO XII

—¿Qué crees tú —le preguntó Vera a Bill aquel atardecer, mientras paseaban muy juntos por el campo— por qué debió funcionar la guillotina?
—Hacía muchos años que estaba allí —le contestó él—. Debió oxidarse y romperse alguna pieza. De ello que la cuchilla, ante la vibración que inflingiera el cuerpo de Oswald al caer, se precipitara hacia abajo. Pero, por favor, no pienses más en todo aquello. Piensa en que pronto vamos a casarnos.
—¡Ah!, pero ¿vamos a casarnos? —y se iluminó la expresión de la muchacha.
—Pues claro —contestó Bill — : ¿No te lo había dicho?

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España